



.....**TOMANDO BUS**
JHON FELIPE BENAVIDES NARVÁEZ

.....**TOMANDO BUS**

JHON FELIPE BENAVIDES NARVÁEZ

TRABAJO DE INVESTIGACIÓN PARA OPTAR EL TÍTULO DE MAGÍSTER EN ETNOLITERATURA

Asesor : Mag. JAIRO RODRIGUEZ ROSALES

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
VICERRECTORIA DE POSTGRADOS, INVESTIGACIONES Y RELACIONES INTERNACIONALES
MAESTRIA EN ETNOLITERATURA
SAN JUAN DE PASTO
2004

“Las ideas y conclusiones que aparecen en el trabajo son
responsabilidad exclusiva del autor”

Artículo 1 del Acuerdo No. 324 de octubre de 1966, emanada por el honorable Consejo
Directivo de la Universidad de Nariño.

.....**AGRADECIMIENTOS**

A JAIRO RODRIGUEZ
A LAS TRES MARÍAS Y SU TEATRIA
A TODOS LOS TOMADORES DE BUS

.....**DEDICATORIA**

A MIS PADRES
A SILVANA Y SANTIAGO

.....CONTENIDO

	PÀG.
INTRODUCCION	
TOMANDO BUS (ENSAYISTICA)	3
TOMANDO BUS	4
Primera parada (control Parque Bolívar)	11
Semáforo en Rojo (Parque de los Periodistas)	15
Viaje a través del Centro	19
Casi subiendo	21
Mijitayo	23
JETAR EL PEDO	26
TOMANDO BUS (Narrativa)	33
SALOME	34
INSINUACIONES DE CIUDAD	36
REGISTRADORA	39
EL RESTO	
OLOR A BUS	
(..)	//
NOTAS PARA UN ZOOLOGICO	81
DE ENCUENTRO Y ROSAS	87
CUANDO DOS SE HACEN OCHO	92

EL BALCON

98

HISTORIA POSIBLE

104

BIBLIOGRAFIA

AUDIOGRAFIA

VIDEOGRAFIA

Las obras gráficas que aparecen
en este texto corresponden a la serie
LEGION (TOMANDO BUS) parte
constitutiva del trabajo de
investigación.

.....RESUMEN

El trabajo denominado " Tomando Bus" es una búsqueda investigativa - creativa dentro del autobús, considerando a este espacio como parte de un continente y contingente del orden ensayístico, narrativo y plástico. El trabajo presente es una *cosmoplastia* que experimenta con el acto mismo de tomar el bus y hacer de esto un constructor narrativo. El trabajo realizado posee dos cuerpos principales los cuales son: el primero que es la parte escritural, tanto en la creación de ensayos (dos) como de una narrativa (11 cuentos) que aborda desde una dialógica urbana las teóricas ensayísticas. Y el segundo, la elaboración gráfica denominada *Legión* donde se confirma la naturaleza fantasmática e infernal del bus.

Los dos cuerpos investigativos - creativos giran en torno a la teatría del bus, de cierta ebriedad y el encuentro violentador y violento con el otro (expuesto directamente en esta *cerración de sentidos*).

..... **ABSTRACT**

The work narred "by taking the bus" is an investigative and creative research on a bus. This space is considered by a part of a restraining and contingent elements of essay, narrative and plastic arrangement. The present work is a *Cosmoplastia* which goes thorough the same act to take a bus end turn in to a narrative constructor. The work carried out has two main bodies which are: first, the structural part, both essay creation (two ones) and, a narrative quality (11 stories) whitch are deal whith essay theoretics of as urban dialogical. Second, the graphic elaboration narred "legión" where phantasmagoric and infernal nature of bus is confirmed.

The two investigative – creative bodies try about bus theater quality, some inebriation and the hard and violent meeting with each individual (who is exposed in a direct way in this sense closure).

.....**A MANERA DE INTRODUCCIÓN**

Esta búsqueda investigativa - creativa dentro del bus experimenta con aquella sensación de acomodar el cuerpo a la incansable rutina de este artefacto. Si de ofrecimiento se tratase, lo que aquí se presenta es un trabajo creativo acorde a la toma del bus, porque la creación a partir de este "destartalado medio de Transporte" (como lo leí en un crucigrama) se acomoda a sus fierros oxidados y a un juego estético que se le parezca. Mire la ventanilla, contemple su reflejo, vuélvase parte de este fluir de memoria que es el auto - bus.

Si lo prefiere tómese esto como una invitación bajo su riesgo, y timbre antes de bajarse.

“ Pero al final, en este bus, mi destino está pactado”

Jhon Benavides. “Registradora” (pág. 64)

.....**TOMANDO BUS
(ensayística)**

.....TOMANDO BUS

Todo lo que se diga a partir del bus queda en entredicho, dadas sus circunstancias inmanentes, propiciadas por todo encierro obligado y cerración de sentidos que incita a mirar hacia dentro de ese habitáculo infernal de gusanos que es la memoria. No sé si sean las calcomanías que impiden ver claramente la espalda del chofer o sea la ausencia de mujeres que procura un estado parapatético, del dolor que está dentro y no le pertenece y se vuelve rostro femenino. Sea tergiversación de los sentidos, sea el tedio o el bostezo que escinde el laberinto lineal del recorrido urbano, o este conglomerado citadino donde se pretende ocultar lo natural (la energía *Binah* o femenino), sea cual fuese este estado, tomar bus simplemente acarrea este acto urbano y hacer de esto un constructor narrativo.

Tomar bus contiene el riesgo de una enfermedad sorda ; afirmo esto (sin caer en la convicción de la fe) por los efectos de viajar en este aparato recordando la embriaguez juvenil. Vértigo interno y externo del movimiento, necedad de buscar una parada al ciclo del eterno retorno de la vida que se vuelve rutina cotidiana en nosotros (si ese nosotros nos incluyese) y que el bus dibuja en nosotros diariamente. Se debe entonces entender la forma de agarrarlo y volverlo su propia barcaza infernal, convirtiendo a este viaje, sin un retorno seguro, en un sacrificio. Ahí, lo femenino, esa esencia inexplicable y profunda (que Nietzsche compara con el Gangasrotogati - el paso del Ganges - fuerza incontenible) debe cumplir una ilógica sentencia : su muerte. Entrar a este viaje (sin una brújula, ni la seguridad del triunfo) es la actitud del macho antes de entrar en el mundo abismal (sea desierto, montaña, mar o la calle urbana), de ahí que el hombre desterritorializado, sin la seguridad del hogar, cree volverse parte del transporte, su cuerpo adquiere la articulación propia de éste (si lo viaja con la

incertidumbre de su toma) y se atiene a las consecuencias que puedan pasar. Ahí radica el posible riesgo ante lo inesperado, sin certezas, intuyendo someramente un final narrativo, concluyente, donde se ha sacrificado la seguridad. Ser pasajero y continente a la vez.

Entre las ventanillas, bajo esa ilusión de la calle en movimiento o reverencia einsteiniana sobre lo relativo : principio del cosmos visto por el hombre, se aprecia que a ese lugar le falta algo de mí y que, en el fondo, tiene todo de mí. Los griegos intuyeron el papel del personaje como parte de un espacio colectivo e individual. Ulises es su nave, Argos construyó Argos, Hades habita Hades, en fin ; el hombre que toma bus es bus, máscara de un espacio en movilidad y que dentro es estático. Donoso insinuó al bus como *Calueche*, barcaza del infierno, y es por esta imprevisible conducción a lo inesperado como es devenir máscara de un espacio movable e inmovible. *Tramcar* y *tranvía* al mismo tiempo, como Bruno Mazzoldi en "Aldaba para claustrofobia de Hernando Guerrero" relaciona al bus , transporte y vía a la vez, como pasa con el barco de las épicas griegas, pues es su medio de conquista de lo que puede ser el más feroz límite humano : el mar. La calle también posee esta fuerza, pues es nuestro nuevo destino liminal, por eso el tranvía parisino de Cortázar cuya senda va dejando un trazo, como la estela en el mar de los griegos y que es un remolino neptuniano que puede llevarlos al mundo de los muertos y sin retorno. Existe entonces en este territorio una carga hipotética de la pérdida, sin tener la más remota idea de las consecuencias que acarrea este suceso, en un medio tan moderno, tan artificioso como es el transporte popular, en una ciudad medianamente carnavalesca como Pasto(si el sabor local fuese importante en todo viaje sin destino).

Es posible que este entundamiento no conduzca a un trance (y mejor porque todos los borrachos fuésemos lo que no queremos ser, una raza digna de elogiarse) pero lo importante es que quien ha asumido esta embriaguez retorna a los delirios febriles (delirios que escribo aquí como si poseyera una necesidad de exponer mis vísceras) y es esto, solamente este texto : producto involuto de una voluntad interior y superior y que el teatro de la crueldad involucra con los fluidos — pues al fin de cuentas nuestro cuerpo está atravesado por estos como la planta por la savia y el agua circunda la naturaleza — .

Creo que mi embriaguez es y ha sido una necesidad de evitar ser “piedra en el agua, seca por dentro” (como afirma Cerati y que escucho claramente dentro del bus) . Me he emborrachado y lo he hecho con lo peor a la mano, la saliva. Sé que sacrifico mi lógica— pues los historietistas también la tenemos — , sé que me atoro, pero que puedo decir es legión de mis recuerdos lo que vomito en estas páginas, una sensación ácida en el estómago (“Es a un estómago lo que más se parece el espíritu”, Nietzsche).

Algunos toman Carbamazepina para evitar convulsionar u otros Milanta para que no se explote su estómago, miedo de evitar desmembrar el cuerpo, por eso tal vez se justifica que en joven me haya tragado el vómito blanco al lado de mi cara y que me haya parecido un postre de natas que debía volver al origen. Susto y terror de mirar nuestros fluidos fuera de nosotros, sin una pertenencia fija, fluyendo en pulsión hacia el infinito. Envidio la capacidad de Artaud de negarse como parte de un conocimiento de sí, más allá de lo representativo, atravesando la efigie (esfinge), exponiéndose a una sanidad que debe hacerse en colectivo, pues el mundo hace parte del ejercicio de su teatría cruel. Creo que volver al bus es inoportuno, pero sigo insistiendo, estas palabras no se pueden detener (como no se puede infringir la sentencia oracular), pero hay que hacerlo, pues *disolver* y *coagular* debe hacerse solo entrando en el círculo trazado por la serpiente orobouros (devi kundalini shatki), el eterno retorno, que nos da la posibilidad de regresar inmutables o transformados (alternativa del *libre arbitrio* al que se refiere Nietzsche).

Por esa relación con la calle y ante el escenario que brinda el bus, queda solamente buscar la alternativa teatral y que se vuelva parte de una estética personal y colectiva. Ahora se entiende por qué Paul Kichner (*The Bus, 1987*), expone a su personaje al escenario teatral, cuando este sube al artefacto y al bajarse se encuentra con que hace parte de una obra de teatro. Posibilidad de volver al bus una parte constitutiva del teatro de la vida y a quien sube a él personaje de una obra absurda como el reloj humanado de Ionesco (“La cantante calva”) o tal vez parte de un entretejido teatral que hace parte de designios divinos como

sucede con ese homúnculo que representa el *doppelgänger* de Edipo en la estética de Cocteau — antojándoseme como un globo de diálogo del comic — tergiversación del tiempo para traer a cuentas el pasado y el presente como si se tratase de una delirio atemporal. Delirio que asume Casandra (cuyas palabras solo adquieren sentido cuando se cumple la sentencia del Oráculo) ; entonces más allá de la seguridad, del Bien y Mal, de un eufemismo cristiano, se podría decir que esta mujer es la voz misma de lo divino, de su desciframiento en lenguaje que al oído del hombre no afecta pero que intenta crear una resonancia al interior del cuerpo ; no en vano las membranas del cuerpo resuenan con el tambor y así se comunica e incita al trance (que sufre Casandra al conectarse con el pasado-presente y futuro bajo una misma naturaleza). Hace parte de designios divinos, como sucede en el teatro clásico. O simplemente que el encierro es de por sí teatral, y esto por consecuencia inmediata nos convierte, a los tomadores de bus, en personajes, lo cual posiblemente sea una potencialidad creadora y creativa de un espacio dado.

(...)

En la celeridad del bus queda el sinsabor del no tiempo, asistir a una afectación orgánica. Creo que hay mucho de alucinación en esto, y lo digo por las coincidencias pedagógicas. Recuerdo a "ciudad luz", mural que ornamenta el cubículo donde está la emisora del Colegio Filipense (lugar donde ejerzo el arte de lo pedagógico), cuyo resultado artístico se debió a un trabajo dentro del bus. Marcela Rodríguez, alumna de once, observó la tergiversación de la calle, una sinuosidad arbórea y caracoide, y un cielo nocturno en un día claro como si se tratase de un cuadro de Magritte, o un producto de la ensoñación, del estado apolíneo que puede conducirnos a la estética urbana. Dentro de esta imaginación colegial, el impulso o *Böse* (fuerza que impide el encasillamiento) se refleja en el color, y lo que parece un mural decorativo es en definitiva una consideración del ebrio que se trepa al bus, ejercicio artístico afín a tragarse su vómito, en

función de embriagarse de sí. El trabajo de Marcela es una escisión necesaria y disvariante, y que se asumirá en la creación narrativa, para crear un puente comunicativo para esa realidad que contabiliza, nombra, evita lo posible, lo inexplicable.

Tomar bus es una *cosmoplastia*, un ejercicio escritural paralelo a la geo-grafia, no con ese conocimiento ulterior para descifrar la escritura del relieve sino un planteamiento que retoma esa plasticidad del entorno, como si el espacio se transformase acorde a quien trasciende en él, con la opción del trashumante que ha dejado de estar fuera y se vuelve parte de sí. Paranoia, posiblemente, pero conocimiento del espacio. Entiendo que esta pretensión es eso, un juego escritural, pues que más queda que la plástica ejerza su poder sobre lo perceptivo y lo vuelva parte de un lugar mágico, turbio e incomprensible. El bus te aleja de la realidad (¿calle?) y te sitúa sobre una capa de experimentación visual ; no obstante, queda esa capacidad de fuga, donde puede uno jugar con la ensoñación y volver a la plasticidad de la ciudad una realidad tangible

De todos modos, ¡ paradero !, alguien quiere bajarse.

PRIMERA PARADA (CONTROL PARQUE BOLÍVAR)

El vehículo anda, con esa cadencia acelerada o relantelizada, establecida por una progresión matemática de cálculo del tiempo y espacios, con sus posibles saltos repentinos a propósito de los accidentes que en el transcurso puedan surgir. Pero el bus, sea como sea llega (y las personas también), pues el tránsito es previsto, fuera de una consideración colectiva, como un itinerario casi laboral de recorrer sentado o parado la ciudad y sus calles. Estar de pie o sentado, inmutable, lo lleva a esa distribución espacial casi siempre en sentido de verticalidad y horizontalidad. Se dice así, porque la posición en el bus también se debe a ese acondicionamiento previo de las butacas — pues el teatro ya está listo —, con conocimiento anterior del espectáculo. ¿Acaso no son fotogramas los que podemos observar a través de los ventanales ?, puro cine mudo donde el carácter de sombras nos pone en ese ejercicio de lectura de labios, tratando en lo posible de dibujar subtítulos de lo que transcurre fuera de este espacio virtual (¿o realizado ?). Entonces el bus es parte de un escenario inscrito en lo urbano.

Si el bus es un contacto teatral con la realidad, también es una lectura de labios, apreciada en el ejercicio dialogante dentro de él, pues el sonido ciudadano (por no llamarlo ruido) crea esa saturación de imágenes auditivas que nos impide escuchar a las personas y entablar una conversación a no ser que sea a punto de señas o gesticulaciones exageradas (pantomina o carnaval del silencio). Y además, con esta comezón en el estómago del que se sienta y realiza su acto de digestión sin que digerir acreciente su angustia, esa amenaza siempre presente en el acto de estar sentado : convertirse en un mueble más del lugar, un individuo ornato del ya exagerado decorado interior (el elemento inesperado en el tablado de un teatrillo). Supongo, a eso se debe esta sensación de que algo está encima, como en un avión donde se espera que no caigan las máscaras de oxígeno ; en el bus es algo así, en la expectativa de la presencia del cielorraso tan cercano, paranoia posible del agorafóbico que se encierra en su propia burbuja para no contaminarse del exterior o esa imposición de escenas y escenarios no previstos en la agenda mental que todos, sin excepción, llevamos dentro de esta ciudad (pues la configuración de la ciudad está prevista para

ser encuadrada, con tantos puntos de convergencia y tantos hitos interinos como guías, iglesias, mercados, plazoletas que impiden que se tenga esa esperanza de bajarse y perderse, como podría suceder en otras ciudades donde las calles son previstas para no ser repetitivas, como un laberinto). ¿No han sentido, cuando entran a un bus, que están marcando tarjeta como en una fábrica o esa imagen de Pedro Picapiedra que cree salir del trabajo y lo que hace es entrar a otra rutina previamente establecida por un patrón? La registradora registra, cuenta, contabiliza, supervisa fielmente no solo las ganancias del chofer sino las personas que se ha tragado el artefacto (imagen en off de bus insectiforme de Kirchner) igualmente como se hace a la entrada al cine, a una ciudad de hierro, un motel, pues todo sitio público debe tener un acceso, un modo de control de quien emplea el servicio - espacio. En definitiva la entrada implica un riesgo aceptado por quien compra el pequeño espacio ganado, el resto es parte del efecto doppler producido por la afectación ambiental interior y lo que se mira fuera de éste (ya la esperanza de bajarse ha sido anulada). Pues el coche, igual que el concepto de Bruno Mazzoldi, "es siempre clausura".

Ventanas impuestas, salidas de emergencia que con seguridad jamás abrirán, video clips del ruido ciudadano que se traslada a través de una filtración, al interior del bus, en forma de una estática. Si se quiere cambiar de canal o que el sol no le queme la cara se pasa a otro puesto, siempre y cuando el bus lo permita (sobre todo el chofer, el pequeño administrador y dictador que es el único personaje constante en este espacio urbano). El bus innegablemente es una concaetación cúbica de ventanales, como una serie de pequeñas pantallas de un cine domo o película interactiva (donde además se huele, toca, oye, se prueba), el sueño perfecto de canales de televisión privada. Si se es fiel a este efecto de cine multiprismático, lo que se encuentra son los retazos de nuestra vida signados en los gestos dramáticos y melancólicos de los personajes de la atmósfera en apariencia externa.

SEMÁFORO EN ROJO (PARQUE DE LOS PERIODISTAS)

El semáforo, ese monstruo con tres bombillos es por excelencia el ojo vigilante de la calle, así como el bombillo de la parte trasera de una furgoneta que transporta muebles humanados y hombres sentados en estos, creando gracias a la pausa del bombillo en rojo una comparación de confort entre esos asientos y los del bus, ejerciendo cierta telepatía de comodidad entre los personajes del trasteo con el *Tramcar* (léase Bruno Mazzoldi) de huesos que se siente en el cuerpo. A veces, vuelve esa necesidad de sentirse también parte de la cojinería del asiento, y también, esa insistencia imaginaria de poder traer las imágenes observadas, como una extracción de personajes hacia uno (pura telepatía). Supongo, que a las personas de la furgoneta poco les importan los que se ubican dentro de los buses, ya que estos, por efectos propios de los vidrios, no son claros, meros espectros que pasan desapercibidos (igual tal vez al sistema de anulación de la imagen interior dentro del bus cortazariano). Sucede lo mismo, acá dentro, cuando los personajes del exterior están quietos, pues no sugieren nada en la narrativa de la ciudad. Por eso esa quietud necesita cierta estética compartida para que produzcan reacción, se compagina con paradigmas personalizados como un *bluejean* apretado, un logotipo en contrastes simultáneos, cierto artículo en mayúsculas en periódicos exhibidos como parte de una carnicería de noticias, todas esas imágenes que sirven de señas particulares en el ritual eternizado de la calle (porque le crea una sensación de nunca acabar, como la escena de una fábrica eternamente en producción). Realizan un ejercicio de escisión, rompimiento de la lógica propuesta para la calle (pues véase las vías como determinaciones impuestas y obligatorias), de repente es el rostro dibujado de nuestra propia desgracia y placer, donde por necesidad se crea una imaginación en torno a los posibles nexos con estos. De ahí también el carácter ensoñador del bus, se establece una interiorización y, como en el cine, se pierde por instantes el hilo narrativo (sobre todo en películas con tratamiento monótono) y se transpola personajes imaginarios en esa narrativa externa. Se ejerce entonces también una escisión, unos espacios paralelos para ser protagonistas (y no solamente espectadores), interacción aparente como si tuviéramos unos lentes Vr., y satisficiéramos nuestra necesidad ulterior de ser héroes, gracia de transformación que se evidencia en quienes han hablado de este enrarecimiento. Asistimos, por lo tanto, a esta extraña confluencia entre lo interior-exterior, el evidente cambio y riesgo que se ejerce al

interior del bus. Hay una atmósfera particular, narrativas intensas y conflictivas, tensiones humanas y sobrehumanas donde el individuo parece abocado a un cambio existencial.

¿Y esto acaso no es narrativa?, ¿carácter oral y bucal de sentir los labios partidos y tener esa necesidad de contar como un don no propio?, es el autobusbauta como traductor de imaginerías extranjeras volviéndolas propias como una posesión de situaciones y elementos emblemáticos. Si se tiene esa posibilidad de contacto, entonces lo erótico surge como irrupción en la vida, invasión de la privacidad, miedo al contacto físico y la antropofagia del alma. Los sexos se esconden y se exponen, como quien aparece de repente en un mercado de formas. Los miedos surgen y llaman a quienes los provocan. No hay tal carácter amoroso en el bus; al contrario, es la desesperación del hombre traducida en forzamientos, violaciones, masturbaciones y asaltos, excitación al contacto con el otro, como si éste le perteneciera por el solo hecho de compartir espacios. ¿Entonces, también hay una película al interior del bus?, es claro, el thriller también es terror afuera del acto terrorífico del tempo cinematográfico, afuera también las personas asumen esta angustia y la vuelven física. No se extrañen de que sus hombros estén húmedos, de que se produzca ese escozor en la piel, esa amenaza de violentación de nuestros cuerpos. Aproximaciones intempestivas, siempre que el bus está lleno y se tergiversa la noción de identidad personal, de ahí cada tanto las personas cuentan con narraciones del carácter erótico de accesos violentos, sensaciones perceptivas y fluidos corporales, en fin, se ponen de manifiesto las fobias sociales y sexuales en torno a la relación con el otro, más si éste está atrás como una pesada carga a cuestas, una cruz a la espalda como la expiación de culpas de toda una ciudad. El bus tiene sus puestos y sus tubos laterales, ahí se cuelgan los cuerpos, se exhiben en una especie de mercado carnal donde lo estético juega como determinante hasta en la noción de caballerosidad, pues se cede el puesto no sólo a las mujeres que llevan niños en sus brazos sino a quienes de algún modo son prototipos de idealizaciones sexuales, paradigmas que cada quien sabrá explicar, pues eso es la idea de galería, donde la unidad es el ejercicio de aglutinamiento y no como una noción de una relación compartida entre los elementos seleccionados. Y también en esta relación tensionante con lo femenino aparecen nuestros

miedos, pues no en vano Humbert Humbert, el personaje maduro manipulado por Lolita (Nabokov) ratifica su *pederosis* dentro de un bus y con las niñas escolares (y su referente universal del uniforme). Pero eso es visual, si acaso perceptivo, y hasta ahí se puede acceder al tomar un bus. Cortázar otra vez , con su *Cuello de gatito negro*, conocer la mujer dentro del autobús, para luego violentarla, así este contacto violento es mancha seminal en el hombro de mi amiga Martha (Cali, 1990, masturbación de un hombre y la mancha del semen en su hombro, serie de gestos desagradables al contar su narración) .

El bus es entonces un producto erótico y un erotismo que se resiste a extinguirse, a pesar de la competencia publicista del *Metro* de Medellín o *Transmilenio* de Bogotá, donde lo aséptico niega el contacto, permite la disminución del contacto táctil, elimina el doloso proceso del estar con otro y tenerlo muy cerca (como jadeándolo por detrás).

VIAJE A TRAVÉS DEL CENTRO

Esta concatenación corpórea trae consigo una relación de experiencias compartidas, pues también se puede apreciar diálogos posibles entre los personajes, aunque lo que realice es una lectura de labios y todo dentro del panorama espectral del bus tenga un carácter matemático. Pues el bus tiene un número y las personas que lo conducen también, así los conductores y esos personajes estacionarios se comunican por una lógica matemática particular, donde el valor del espacio se oblonga acorde a la velocidad y al control del tiempo. El solo hecho de pasar la cartulina ofrece la posibilidad de entretejer un juego en torno a lo que es esa relación del chofer y sus controladores. El color rojo ejerce nuevamente potestad y con éste se señala a quien haya alterado este cálculo (les fascina el *kilométrico* porque "mancha"). Guerra del centavo, claro, pero también ruta de navegación, puesto de observación y estación donde se cuentan chismes, conjeturas, se fuma, descansa y también se ofrece un intercambio de mercancías. El controlador, como burócrata de esta estacioncita conoce todos los conectores para cualquier tema, desde una noción machista de la mujer traidora hasta quién puede comprarle las llantas. Los *mancitos* tienen su poder, como cualquier mando medio en las pequeñas burocracias que surgen de actividades urbanas. Claramente lo que se entiende es un pequeño poder, pues la cabina o la parte delantera, que está separada indiscutiblemente del interior del bus, está reservada para ciertos personajes exclusivos ; allá los pasajeros no tienen acceso, es su pequeño mundo donde puede violar las leyes aparentemente expuestas a través de calcomanías, pues se fuma, se lleva "chinos sentados en las piernas" y la registradora se salta, como quien altera la ley por fines y permisividad del conductor. ¿Acaso con esta sensación de impotencia, de confiar su cuerpo y vida a un individuo, no se puede realizar un constructor narrativo ? Señales que deben cumplirse : Do not open the Window, bus is surrounded by huge man-eating spider crabs, no abra la ventana puede atraparlo una araña y arrastrarlo como pasa, ficcionalmente (?) en Kirchner, o aparecer entre nalgas como en una calcomanía de una gorda asfixiando a un pequeño hombrecillo. Sitio de honor, entonces, para la reflexión, el chistecito, la broma, el cliché gracioso o para la colección iconográfica del dueño del bus. Es como si en vez de una calcomanía de la iconología del santoral encontráramos una hipotética

Gioconda pegada en el vidrio del chofer, como la pervivencia del sueño erótico del transeúnte. Nada es gratuito, la lectura en el bus se vuelve de carácter obligatorio ; por lo tanto : timbre una cuadra antes de bajarse (como se lee al final de un bus), pues si no se obedece, se deben asumir las consecuencias (como la de sacar la cabeza por la ventana).

CASI SUBIENDO.....

Se asiste a un viaje predeterminado, pura barcaza infernal donde se espera llevar a las almas y asistir a un baño de memoria. La calle es memorial, es casi una inacabable escena multifamiliar, donde la presencia del álbum de fotografías es evidente y se acrecienta en quien tiene la oportunidad de estar junto a la ventana, pues adentro rara vez es llamativa la imagen (pues nadie detalla el teatro, nadie se pone a hacer referencias sobre la estética de un bar, nadie se percata si en los moteles existen ciertos decorados).

Lo vehicular implica un trayecto. El recorrido no es el mismo, a pesar del establecimiento de las rutas, pues los personajes y la misma calle varían, no permanece inmóvil, es un río filosófico cuyas aguas jamás se repiten, dando posibilidades al atrevimiento, al rompimiento constante de esta rutina. El “artesano- vendedor” es uno de los personajes que interrumpe (y al mismo tiempo produce la ruptura de nuestra cadencia en el bus) dejando que el interés se centre en un discurso evidentemente publicitaria sobre el objeto que ofrece, pues es una venta descarada, forzada como todo lo que existe en el vehículo. Hay una explicación jamás solicitada y unas palabras que impulsan a la fuerza la compasión sobre él a través del objeto ofrecido, el cual rara vez tiene una función práctica para el sitio donde se ofrece — Noli me tangere — , no existe un contacto con esa persona, pero sí con el objeto; como sucede con el bus mismo, está el objeto para ser acondicionado a las necesidades, pero jamás se puede acceder a un contacto íntimo con quien lo utiliza, por eso las relaciones tensionantes y violentaciones dentro de éste, pues es el modo de interrumpir esta concatenación de ensoñación y muerte. Ni siquiera la radio en alto volumen puede interrumpir la sensación de adormecimiento, pues la música casi siempre contribuye con esta característica del vehículo ; ni el diálogo, porque el solo hecho de establecer comunicación con otra persona parecería un acto de perturbación de la quietud del individuo, a pesar de que dentro de él existe un cambio ejercido por estar en el interior del bus o fuera de la calle que ahora se le expone de manera más nítida, bajo una perspectiva casi aérea. De ahí que la mano

se independice, puede dejarse llevar y tener vida propia (igualmente los ojos), pues es una de las maneras de entrar en contacto con el otro (así sea la necesidad de absorción omnívora del otro expuesta en Nietzsche).

MIJITAYO

Jamás las imágenes son las mismas en el ritmo fluvial de la calle, si uno pudiera realizar una labor de pesca con una caña desde el bus seguramente agarraría algo de esta “subienda de formas”. Dándole esa propiedad de pesca a los ojos, con esa opción fálica de la visión, se captura a una persona y se la conduce imaginariamente a agarrar el bus, pero sucede algo cuando ésta entra al vehículo, hay una transformación, se vuelve una imagen virtual de la pantalla del ventanal, como si de repente surgiera un personaje de una película y se sentara al lado. Por eso el bus es parecido a la *ouija*, donde se accede a un contacto fantasmal y en el clímax de esta conversación el espíritu se sale de las manos, deja de estar bajo nuestro control, en este caso deja de ser controlado por nuestra mano-ojo e indica su aspecto más cercano, amenazante y subversivo, entonces el pescador de imágenes es en realidad el pescado gracias a la imaginería que en el bus se condensa, se vuelve altamente interactiva e impositiva. Pues, aunque se crea lo contrario, la interacción es impuesta, nunca sugerida, un mandato sin ley pero que se obedece como dogma, que impide su contraversión. Hay una entrada y una salida, tal cual el aparatejo fantasmagórico, y esa salida es la única opción de acceder a la calle, a repetir de algún modo el ciclo vehicular, como los mulatos de Jamundí que se vuelcan sobre el bus como una *nube negra* en *¡Que viva la Música!* de Andrés Caicedo. Entonces somos fantasmas que entramos por obligación y por esta obligación tenemos que salir, de ahí que nuestra presencia, nuestros gestos, nuestra actitud en general es virtual, como si controláramos nuestro peso y nos volviéramos más gaseosos. Falta no más la carita de *Casper* para ser más fantasmitas amigables. Como sucede en *Línea Mortal* cuando el personaje fantasmal aparece, lo hace en un transporte popular, pues ahí la oscuridad y el sueño perturban y se complementan para darnos esta sensación de asistir a nuestro funeral o la ceguera autoinfligida (el ciego que ha recorrido, sin perderse, las rutas de esta ciudad). Además, el solo hecho de repetir esta secuencia de entrada-salida es de por sí cuento narrable, que tiene una unidad netamente tradicional del suspense y tempo narrativo, con esa salida atrás igual que la huida

esperanzadora del thriller o del laberinto creado por la misma condición fantasmagórica del bus . Terminar dependiendo de la descripción de un medio vampirizante para buscar salir de este encierro.

Timbro, intento bajarme. Suena *Running Shoes* de Roger Waters. Prefiero la suerte del incauto. ¡Aquí me bajo !

..... JETAR EL PEDO

Creo explicar, aunque sigo insistiendo, que dentro del bus nada es dado, ni asegurado, ¿pues quién ha visto cinturones de seguridad en sus butacas? o ¿alguien todavía cree que las ventanillas de emergencia funcionan? Por eso este texto tiene el riesgo de una versión personalizada de una aproximación cavilada en un lugar liminal. Me aproximo con cautela a Artaud, a propósito de su concepto sobre el pedo como un proyectil divino. Lo digo sin la certeza de que hablar de esta ventosidad dentro de un artefacto donde se niegan las nalgas, tenga una razón de ser. Traigo a memoria a Miguel Angel, quien en la Capilla Sixtina representa a Dios agachado dándole el soplo divino al hombre y lo que se indica son sus nalgas rechonchas, quedando la incertidumbre de su actitud, o el afianzamiento del pedo divino como ese proyectil poderoso venido de arriba, el espíritu que ha depositado en el hombre y que este lo regresa, por la boca, en forma de eructo. Además de la boca, donde surge el soplo divino, también el gas se proyecta hacia la superficie de lo de abajo, sitial de lo humano. Esta música impredecible también es el comienzo de la unión atemporal de lo humano con lo divino.

¿Y el bus? Recuerdo — insisto en lo incierto del recuerdo encerrado — que lo que despertaba un pedo de un niño en el bus era la risa de sus padres contagiando el lugar. Ahí, está la clave de esta ventosidad en la reacción que produce, pues su aspecto gaseoso también tiene un carácter provocador en el hombre. Lo dijo Quevedo a través de Cirilo, personaje transformado por Santiago García en el diálogo del rebusque : “pero se ha de advertir que el pedo antes hace al trasero digno de laudatoria que indigno de ella. pues es cosa alegre, ya que donde quiera que se suelta anda la risa y la chacota. Llega a tanto el valor

del pedo que es prueba de amor, pues hasta que dos se han peído en la cama no tengo por acertado el amancebamiento". Prueba de amor divino, entonces, es el pedo. La peida, este *gas interno del espíritu de los celos* es la prueba fehaciente del amor extraño de un Dios altísimo y contra el cual, sin alarde de reemplazarlo, Artaud jeta su teoría de la crueldad. Robin Williams (Andrew) en *El Hombre Bicentenario*, comprueba su humanidad echándose una ventosidad bastante sonora, a la que alude su amorosidad frente a la dama. Pero, ah del bus, y su artificiosa existencia; un pedo desencadena la arbitrariedad y el desencanto, porque solo se aprecia su densidad olorosa, y su íntima simbología se tergiversa, deja al lado su ritual. Pero queda la risa y su poder detonador. Con la detonación (o, como diría Derrida, entonación) se deconstruyen realidades impuestas; lo intuye Eco en *El nombre de la Rosa* cuando es por la risa, como la fe queda en entredicho y por lo tanto la creencia en Dios. Por lo cual, la risa, como el pedo, en el bus, son antinaturales para esta naturaleza abarrotada, esta carnosidad excesivamente amontonada, pues la distancia para la comprensión de la entonación-detonación no existe, pues el silencio ha sido negado (o neutralizado bajo el zumbido de la calle y del interior).

Cuando Duchamp le pintó unos bigotes dalidescos a la Gioconda le inscribió estas iniciales L.H.O.O.Q que, leídas en francés, dicen: Elle a chaud au cul, o sea "ella tiene calor en el culo". Esta desacralización del modelo pictórico es afín al concepto de sacralidad del trasero. Pues el proceso alquímico fundamenta su transformación en el calor interno. En el bus, el calor es diferente, y la negación del trasero se hace en la posición boca-ano hacia abajo, sin tener la posibilidad de, al menos, contemplar este bello atractivo físico, pues el puesto caliente es detestable y siempre toca dejar enfriar el asiento. Sí, la nalga es en definitiva una fuerza divina, que construye y también destruye, pues Yurupary absorbió a sus seguidores a través de la boca anal y las misas latinas se celebraban de espaldas al público, para separar lo sacro de lo humano. En este contexto valdría recordar a Artaud que trajo al mundo no sólo a Van Gogh, este monstruo del color, sino también al Heliogábalo como héroe del culo, cuya filosofía es definitivamente otro atributo de su teatralidad. ¿Por qué?; pues bien, los dioses se comunican con los hombres a través del trasero y es por eso como Heliogábalo es un héroe que lleva dentro de sí la fuerza divina, pues si los

dioses se presentaran tales cual son, el hombre no podría resistir su presencia (debería leerse la invocación al Baphometo escrita por Peter Carroll¹, y entender la imposibilidad de observar-lo porque es eon, lo anterior a la imagen). Cito un caso, el Baphometo se presenta ante los templarios a través de una cabra en cuyo trasero está representado su rostro ; la prueba final para el iniciado era besarlo (osculum in ano diaboli). Por eso la exposición de Artaud de sus nalgas y de su cuerpo como un soporte ante la caca y pipí divinos. Sus nalgas no son un ejercicio histriónico de un Mockus y su violento código secreto, sino una relación con esa realidad de revolución sacra del culo (con todo el respeto que se merece este rincón humano, pues no es gratuito que poetas de Quevedo a Rimbaud, le hayan dedicado sus poemas). Morris afirmaba que el corazón, símbolo del alma, no es más que una sinonimia con la forma de las nalgas femeninas ; total, como decía Quevedo pues el ojo del ano es más necesario que los ojos de la cara, y tal vez radique en esto la inclinación a ver las nalgas como algo divino . Pero, ¡stop !, no son nalgas postizas, prótesis de una sociedad que ha vuelto artículo banal al culo, y de la televisión su promoción continua ; no, esas nalgas no son (aunque reconozco que una de esas no estaría mal para Vacaciones), es el rostro divino al que podemos acceder, para no morir al contemplar el de Dios (por donde gira el continente del teatro de lo cruel).

Alguien me pide un lapicero. Descanso, (h)ojeo.

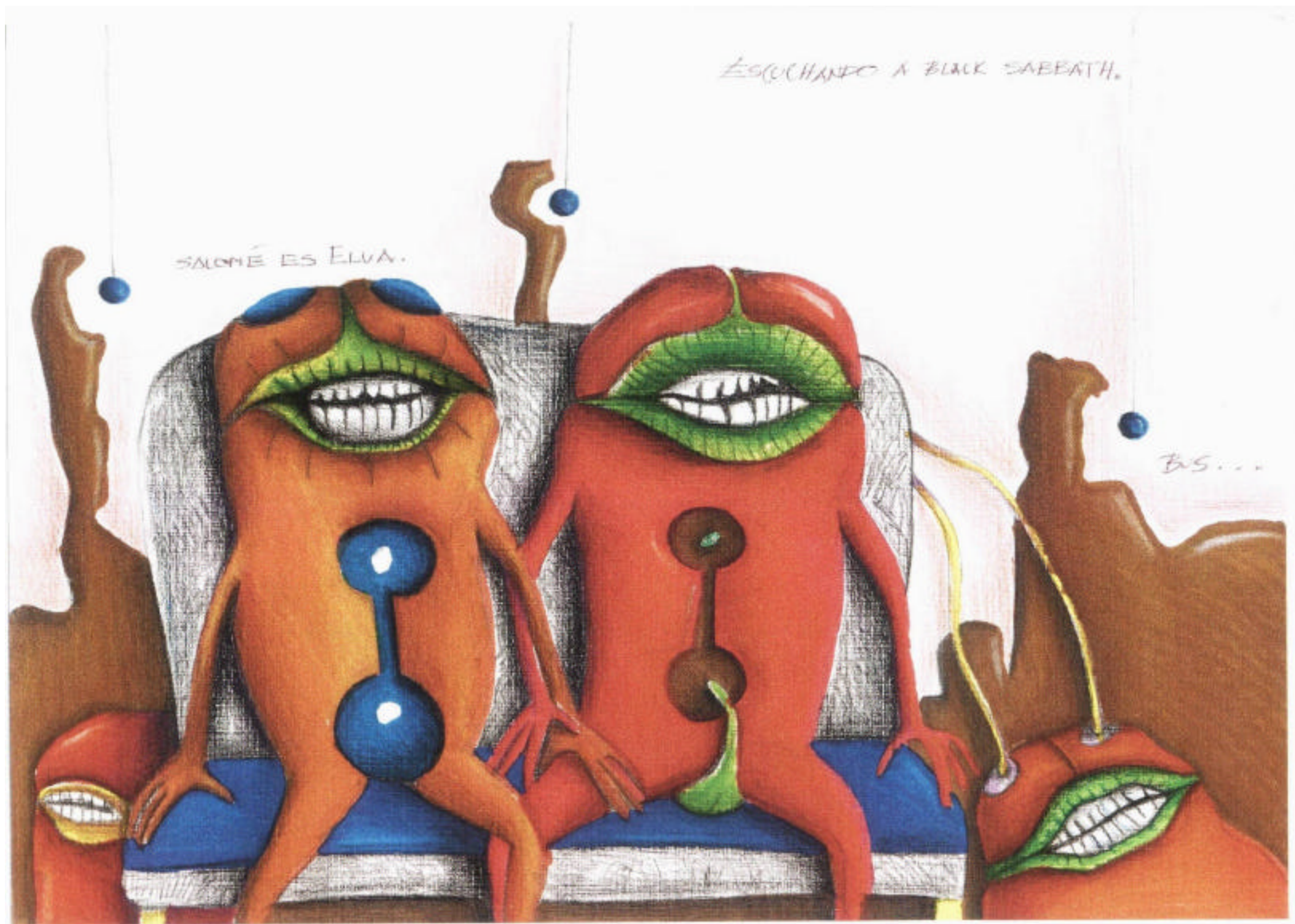
¹ **Allegory (Baphomet's Invocation)**

In the first eon, I was the Great Spirit
In the second eon, Men Knew me as the Horned God,
Pangenitor Panphage.
In the third eon, I was the Dark One, The Devil
In the fourth eon, Men know me not, for I am the
Hidden on.
In this new eon, I appear before you as Baphomet
The God before all gods, who shall endure to the end of the Earth.”

Peter Carroll, Liber Null - psychonaut, citado en Tarot de Akron y Giger.

El pedo venido de la mujer también tiene sus propias connotaciones. Su privilegio con la relación divina, le ha ofrecido no solo un poder seductor a través del olor y su melodía, sino también tener una carga proyectil fuerte, tal vez un subjeto de Dios, sin una constipada masculina. Ojo entonces al pedo venido de las nalgas femeninas (o el corazón simbólico), Entonces, ante este soplo queda la opción de taparse la nariz, como el hombre de uno de los diseños de *Borel*, cuando la mujer que lo acompaña lo pedorrea y mueve la flama de la vela con la cual éste indaga sobre las nalgas femeninas ; ella responde a la amenaza de la penetración fálica (pues existe un bastón en el piso) con una exhalación de origen divino. En tanto, en el dibujo a tinta de Aubrey Beardsley titulado *Lisistrata defendiendo la acrópolis, 1986*, las mujeres defienden y espantan al pequeño hombre tapado con un antifaz de plumas con un pedo (pues la estela del gas es clara saliendo de las nalgas femeninas cual comic) y con una vasija la cual, aludiendo del ano y los genitales que menciona Quevedo, está llena de orina, confirmando en primera instancia, el poder de ataque de estos residuos orgánicos. El resto, con el cual podemos jugar a crear una traza literaria, si fuese posible.

De todos modos, queda por averiguar como es el pedo de albañil (que significa sucio de excremento) para darle su sitio de honor en el bus o en un salón de clases, que, para el caso, pueden ser lo mismo (no en vano existe la dependencia de un chofer). Seguir tapándonos las narices y pensar en lo escatológico en que consiste la negación de lo excrementicio.



.....**TOMANDO BUS**
(narrativa)

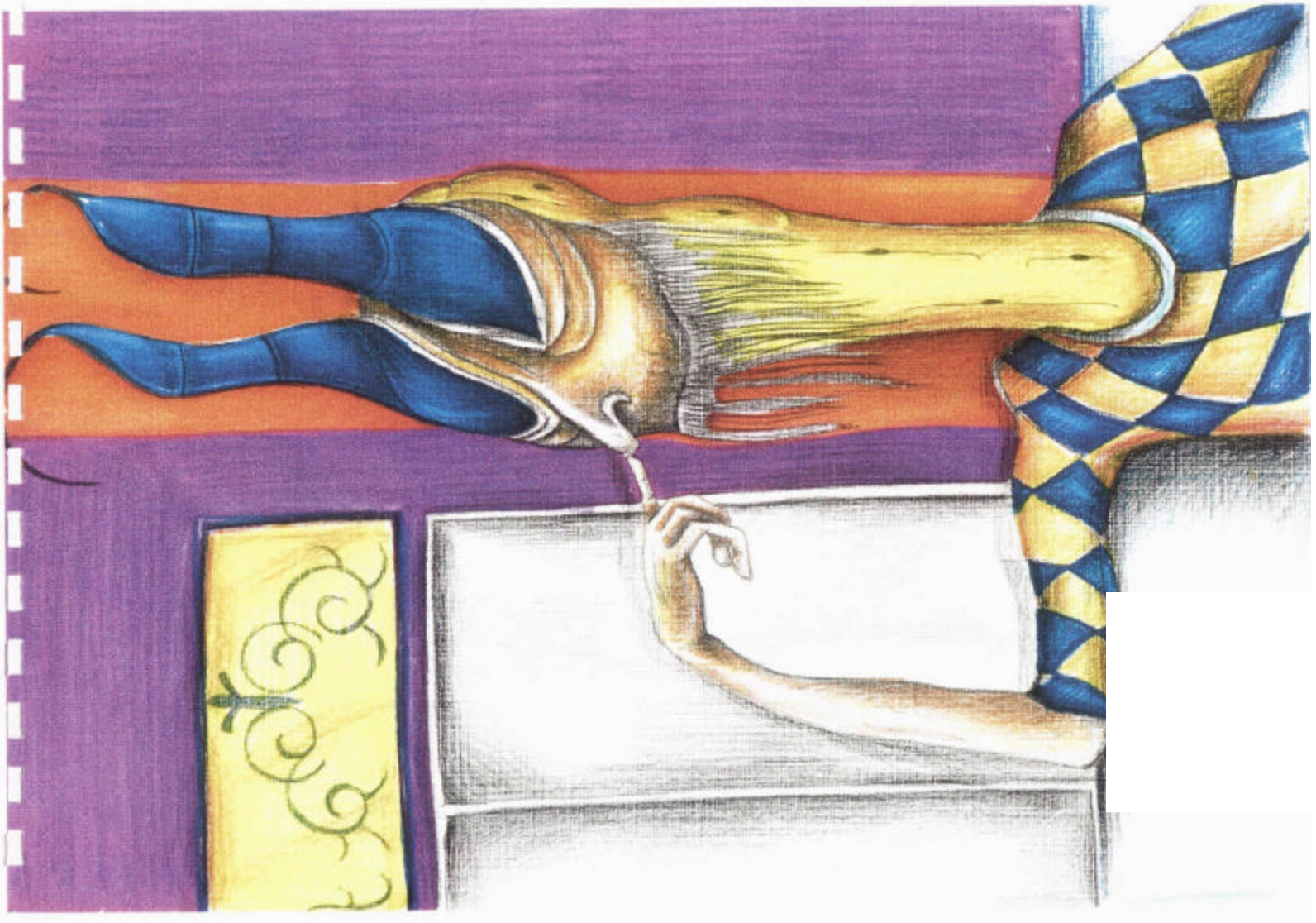
.....SALOMÉ

Ahí está Salomé. Sus piernas salen fuera del asiento como aferrándose al piso, haciendo de este acto normal un ritual coqueto con todos los que estamos atrás. Una mosca se enreda en su pelo, un silencio corre por todo el bus como una pausa de sonidos encerrados en las gargantas de los pasajeros. Salomé está cansada, recostada en el hombro del hombre que la acompaña, quien le acaricia la cara, y, a veces, en el descuido que producen las paradas, la roza con su boca en el cuello (cómo quisiera ser una mosca que revolotea en sus muslos y se estaciona imperceptiblemente en su falda ; cómo quisiera tener un ojo que se alargue y toque toda su piel en cada estación, en cada paradero, en cada sonrisa de niño comiendo bon bon bum). Cuando mueve su cabeza, todas las cabezas del mundo giran, y se vuelven una al compás de su cabellera casi negra, ocultando ese rostro que fue mío el año pasado. Salomé no mira atrás, solamente pasa lentamente las hojas de un libro, demasiado pesado para su frágil regazo, pero, a veces, en su boca una sonrisa se dibuja en contra de la inercia y los frenos. Y esa chiquilla que parece absorta con las palabras del acompañante, no parece entender todas las ansias atrás de su cuerpo y su espalda y sus escondidas pantorrillas. El sol se oculta, de repente , y en el vidrio, que esconde al chofer, nuestros rostros como dibujados, como reflejados, se reconocen y Salomé se enciende, su piel se enrojece, atraganta un saludo y guiña un ojo, acordando en su gesto una complacencia, la certeza de que ella también me miraba de soslayo, levemente, en cada descuido. Pero el bus es algo tan antinatural, tan sacado de la mente retorcida de la ciudad, que Salomé no es más que un suspiro inesperado en una hora pico, una mueca siniestra de una gioconda pintada en el vidrio que impide ver al chofer, quien sigue silbando un bolero extrañamente muy conocido.

.....INSINUACIONES DE CIUDAD

Salir al centro de la ciudad pertenece a esas acciones que se realizan sin convicción, solamente por el ejercicio de sudar los pies en una concatenación de pasos, permitiendo explorar la ciudad como si no existiéramos en ella. No falta el mendigo, la puta, el chofer que tiene la boca ensebada, la fatiga, el sudor en las axilas, el cebollín incrustados en las paredes, el grafito con una calavera vigilante, un tomo de a pie, otro en moto, un niño hurgando la viscosidad de sus narices, otro lamiendo helado, otra puta, un cura y la procesión del santo del día, una oveja descarriada de su convento, un gringo, una estudiante de Artes con mochila de lana, un desplazado, una caja de sorpresas, un disparo al aire y siempre un bus, en la nada de la calle, algunos corren y salen huyendo, y el centro parece contentarse con el espectáculo de reunir a todos en una ronda alrededor de la zona dirigida por los policías.

— Parece que hay una bomba — dice el policía bachiller que no tiene la más remota idea. Por eso todos, al escucharlo, esperan los regalos, los payasos y comer una buena torta. Soplar las velas a ver si conceden el deseo.



.....REGISTRADORA

“ Y encuentro que la mujer es más amarga que la muerte, porque ella es un lazo, su corazón es una red, y sus brazos son cadenas”
Qohelet 7,26

Siempre he tenido este triste rostro, aunque aparentemente serio, como quien parece no joder a nadie y al final parece cogerlo todo. De todos modos, siempre he seguido las instrucciones ;, mire no más, coger un bus como a una mujer, hacerlo suavemente, como se agarra las manos femeninas, es la recomendación que suelen decir los guardias juveniles cuando emprenden su campaña en todos los parqueaderos. Amigo (el que por desgracia esté perdiendo el tiempo, estirado en un mueble (h)ojeando este texticulito) es el propicio permiso para que a Cruxana, a mi hembra, la trate como a una emperatriz, como debe cortejarse a alguien, que tiene esa presencia noble, muy de acá del Sur pero también muy de otros cielos. Es por eso como la empujo por sus nalgas, para que no tenga la molestia de impulsarse vulgarmente como los demás mortales y ayudarle, con esto, a su rutina de introducción en el bus. No debe untar sus manos con la vulgar moneda que debemos dar para acceder a unos de los puestos reservados para nosotros, como el sitio de honor en un teatro. Así le hago entender que para mí, ella es como la estrella más recuca, relinda, reputa de la ciudad, por eso le estrecho la mano, rozo sutilmente con mi cuerpo su espalda y entramos juntos por la registradora, y lo hacemos muy despacio, para no estropear la ropa sencilla pero elegante de ella (no importa que para saberlo se deba inclinar la cabeza y observar detenidamente sus yines puro Levis como por establecer cierta simpatía con los ochentas). El chofer tiene una sonrisa socarrona, tal vez ese guiño especial del malintencionado que al ver a una mujer se le suelta la bestia interna y pasa la lengua por sus labios, saboreándose, el muy amigable. Pero seguimos por la larga calle de honor, entre unos cantantes que hacen coro mientras buscamos nuestro lugar ideal : la ventana de

emergencia. Desde ahí todos pueden contemplar nuestro romance, ella mirando las calcomanías pegadas al respaldo del protector del chofer, y yo, balbuceando la canción del señor que intenta, con una guitarra, darnos a entender su desdicha y gracia : "Gracias a la vida, que me ha dado tanto", ¡patrañas!, cagadas estos mancos, cantarnos a nosotros sobre sus desgracias y a pesar de esto resignarnos, como cualquier bolero, a seguir arrastrando la sombra de los demás. Le digo a Crujana (se debe recordar el nombrecito), por entre los sonidos de esta ciudad, que esa necesidad es muy urbana, muy humana, de contagiar a los demás con sus dolores y cobrar por esto. ¿Acaso de vez en cuando nos levantamos con los ganas de tirarnos a los demás, y mostrarles la peor cicatriz de nuestro cuerpo? Entiendo esto como una ley, por eso estamos aquí escuchando pasivamente las voces de este dúo infestado de mala música. Ella a veces suele estrecharme la mano, cuando de repente el bus acelera el recorrido. Le noto esa dulce geografía de mármol, como el piso del colegio donde ella estudiaba (donde, supongo, burló la educación cristiana). No sé por qué tiene unas iniciales en tinta china marcadas en su mano, pues aparecen la C y la J como signos importantes para ella.

— No jodás con eso, ya te dije que eso fue pura locura de niñez —, cada tanto rezonga cuando le inquiero por este logotipo maluco en su piel.

A veces cojo su mano, para devolverle los confites del niño vendedor, a veces nos acordamos de nuestros sueños. A veces viajamos pensando en el juego que propusimos cuando decidimos juntarnos.

La entiendo cuando se incomoda, pues la posición casi fetal en la que nos encontramos no sugiere ninguna suerte de amorío; en cambio, tenga pa'que lleve, me ha quitado la mano, repentinamente, cuando pasamos por el Departamental y se le despierta la memoria, y qué vainas, ahí mismito, una guagua de lo más linda me sonríe desde afuera y parece tener una maldad en su gesto, que parece complacida con el rostro entrompado de mi mujer. ¿ Ha jugado al *¿de quien son trompas?*, muy inapropiado cuando la hembra ceba a su presa. Otra vez, y otra vez, no cesa de calmar su memoria. Entiendo la frase del Federico Ene : Mujeres, predisposición al olvido pero nunca al perdón. Bueno, al fin de cuentas no es que me importe mucho esto, lo necesario para que uno esté en esta

estacioncita del mundo, con ese sonido fantasmal del chofer que tiene la independencia de sugerir cualquier estación de radio y como mal *diyei* le pone a uno lo que menos le gusta. Entiendo ahora a Andrés, pues siempre me balbuceaba, cuando debíamos coger este maldito aparatejo para ir hasta *Torobajo*, que el vallenato es el sonido del dolor del pueblo, pero de ahí a volverlo comidilla de todo mundo, hay un resto. En este cacharro no hay espacio para Marx, olvídelo caballero, no seamos tan ilusos, pues es sonido sólo para el maldito que acarrea esto como si se tratase de trasteo de carnes, donde las reses no protestan y si lo hacen, mugen, y de ahí a que se la comprenda, se necesita otro tipo de comunicación. Por cierto, ¿qué le pasaría al Andresito, pues desde ese día no lo he vuelto a ver?, pues precisamente ahora que pasamos por aquí, por estas calles cada vez menos reconocibles, me acuerdo del runrún que producíamos en el chuzo de *El búho*, que ahora parece tan tapadito que creo ya no tiene clientela. El andrés era bacano, angarillo, con orejitas que le daban la sensación de vivir entre paréntesis, unas gafitas a lo gomelo, y uno que otro gusto por las mujeres viejas. Y este bar era el propio para sus apetencias, puras cuchas que lo hacían sentir a uno siempre más guagua, una huevita completa, pues cada día nos enseñaban que eso de la experiencia es para diablos, y pana, aquí comenzó el tropel con la vida, pues las veteranas desenfrenadas, con la calentura de adolescentes, nos tenían como preseas de una noche de conquista. Aunque tocaba pagarles, o a veces fiar — pues nada era gratis —, las hacía diferentes a las culicagadas que tanto emborrachábamos y no resultaban con nada. Ahora que estamos marcando una edad incomprensible y aterradora, lo confieso, pienso en esas viejas y algún escozor sube a mis rodillas como una cucaracha que lleva a rastras su forma. La Carlota (que era de un pueblo cercano) le gustaba los más chicos, les devoraba las bocas, buscando tal vez en sus lenguas algo de esa saliva perdida en la suya. Al Andresito le asustaba la cucha, desde esa ve que — con fumada y todo el cuento — le cortó las uñas de los pies, conservando algunas en un frasco que olía fuertemente a alcohol. Por eso creo que le decía la rodillona, como el cuento de los paisas de que una mujer se comía los pies de los amantes por el solo hecho de no satisfacerla en la cama. De ahí, y muy a pesar de mi gusto, me quedo con las chinas, noviecitas vírgenes, que requerían todo un proceso de volubilidad para ver si prometían algo. Razón, Cruxana se pone celosa con las hembras más jóvenes, cree ver en ellas la amenaza de una

regresión a tiempos mozos. Qué poco me conoce, pues esos atributos ya no existen. Simplemente, amiga, siga sentada, este es el bus, y aquí lo que entra o quien entra es potestad del señor chofer.

Ahora recuerdo, el Andrés tenía también un barcito de rock pesado, donde se metían todos los manes que después de tropelear con la tomba se iban a acunar en esa olla, que, a pesar de su aspecto, era muy amañadora. Hasta que, irónicamente, eso de que todos tenemos cuentos raros, un bus se le metió destruyendo todo lo que tenía y que algunos aviones lo saquearon. Luego de eso, y creo que su madre tuvo que ver en esto, se fue a Cali, y si no fuese por algunas venidas a los carnavales, el hombre ya era de allá, de Changó y Agapito, y no del Sur, venia con ese sonsonete del Barrio malo de Cali, de puro guabaloso, que no aguanta, de verdá no aguanta, más si el hombre era bien sencillo, tan simple como tomar bus y si acaso comer crispetas en este encierro. Mala causa esto del ir, siempre se vuelve y a veces muy cambiado ; mire no más yo, que me las di de duro, algunas escaramuzas tuve por otras ciudades, y véame aquí, no hay como la casa y sus lugares comunes, no más el bus ruta 8, acaso eso de grabarse nombres como Coomepal, Blanco y Negro, Verde-Esmeralda, no aguanta de verdá, no aguanta, y encumbrarse en unos destartados, que uno veía la calle entrarse por los huecos del óxido. Cali no me gustó, a pesar de que las rumbas fueron bravas, y que el Caicedo fue buen amigo y se portó de lo más bien, con su mamita que tenía esa venta de trago en *LOS Chorros*, bien encaletada para cualquier malandro. No, de acá le mando saludos, pero no vuelvo, no hay como el sur y sus cositas, no hay como los senos grandes de mis hembras y no los culos tremendos y valles sin montañas de las caleñas, porque ah de los paisajes montañosos y olor a hierba y eucalipto, y mariposas que deambulan por los estómagos. Cruxanita las tiene bien puestas, del *Urcunina* a ella un paso, como quien juega en su piel a escalar los montes más ásperos y un olor acaramelado que a pesar de este encierro sigue vivo, por fortuna, para ella y para mí. Ese encanto no lo comparo con nada, permitiéndome entonces esta contemplación de los Andes, aunque sea desde la ventana gigante de la ruta 8. Y si no tengo la posibilidad de ver mis montes, para eso está mi hembra, y que todo lo que toco sea entonces un ascenso infinito a la cima.

Suena por instantes, *Guadoyu guafromí* del Pink Floyd, creo que fue una mala sintonía del chofer, que dejó sonando porque no tuvo otra mientras trataba de llegar afanosamente a donde lo esperaba un chino, al cual le dio unas instrucciones mientras se cambiaban de puestos. Al chino mucho más joven, no le pareció mala la música y la dejó, como quien no tiene otra opción que lo que tiene a la mano. Consejito gratis, desde el bus : la mano es peligrosa y déjela lo más escondida posible, no crea que porque su hembra es suya puede jugar a las arañitas siguiendo el paso del Ganges, subiendo por las piernas y picándoselas de Playboy.

— ¿Quééees? — me gritó, o pensé que lo hizo, y la entomatada de mi rostro fue grave, que parecía que los demás, como en un cine, se burlan del personaje que siempre hace de bufón. No, pues el idiota, el que nada puede coger, así que calladito siga viendo afuera pues no hay de otra, ahora que ella se ha distraído con su bolso artesanal.

Canto entonces, interrumpiendo el aire con mi lengua, lo que mis oídos intentan escuchar

Guadoyu guafromí

Nopromes yu degulyú

Guadoyu guafromí

Choli estan en derrein ...

Y ella, en un grito callado, me dice : “ Callá, no te tires a David Gilmour. El inglés no es para gente como vos”.

De verdá que eso me ofendió ; es cierto, uno viene de barrios donde esto del inglés entra a topetazos, en manuales si acaso de radios transistores o las películas de Chuck Norris subtituladas al español que nos proyectaban los paisas en el barrio Lorenzo. Pero, ¿por qué tenía que ofenderme ?, sé, aunque no lo quiero aceptar, que ella se ha bajado de su clase y accedido por pura curiosidad al sur del Sur, como por ir en contracorriente de sus padres, pero eso no le da

derecho a ultrajarme. Le digo "en casa hablamos" (un gruñido) con una sutil acaricia en su cara, como por entender que aquí el que manda es uno, a pesar de que ella sea muy chic, muy del *Palermo*, donde la gente cada tanto saca a cagar a sus perritos bien acicalados mientras los otros les recogen tanto reguero de mierda y, en su descuido, les cagan sus jardincitos cuando se puede hacerlo. Cruxana afirmaba, alguna de esas tardes cuando le da por hablar y chicanear, que en los Estados Unidos existen ciudades en las que ni siquiera hay basura en las calles. Putos gringos, no conocen a los sureños, a estos malandros del desorden y el caos, a este óxido permanente de las estatuas y los buses, a estas manos afiladas que desgarran paredes y cuerpos, a estas 45 revoluciones por segundo que siguen escuchando las mismas canciones de los viejos y las mezclan sin compasión con cualquier música alternativa. Porque no tenemos destino, vivimos en una andada constante, a pesar de que cada tanto cogemos la 8, por si queremos descansar los pies. Y de verdá que esto se trata de andada, no más, de echar pata por todos lados a ver si resulta algo, una bebeta con los *poetas* en el parque San Andrés o salir a tropelear en la avenida Mijitayo con cualquier gomelo malparquiado. Ah, tremenda desazón les producirá mi texto ; hermano, aquí no narro nada, si quiere ahora es tiempo de que lo suelte, vaya tranquilo a su cocina y cante como gorrión a las mañanas, tenga presente que no hay mayor placer que madrugar para ir a trabajar mientras los otros gozamos de la vida y a pedazos la consumimos como un pan mal hecho.

—"Cruxana, cerrá las piernas, que quiero estirarme" , le digo, por abrir la boca y pronunciar algo.

— " En la casa hablamos y ahí sí que las cerraré " , me contesta mi mujercita, siempre amable, siempre con la frase precisa, siempre con sus amenazas que sé, en el fondo, jamás cumple. Terrorismo de palabras, las mujeres (y excúseme por esto) tienen una crueldad, por así decirlo, de lo más diplomática, pues confían en sus artimañas para sacar de nosotros simplemente una venia. ¿O acaso no es cierto? ; mire, recuerde, la niña que me coqueteaba para verme la cara de idiota regañado, o ahora mire, no más, una veterana de lo más buena se le acerca a uno y de repente acerca todo su cuerpo, en la soledad del bus, precisamente a nuestro rincón, y a cada freno le da por acertar su sexo en mi hombro, y mi mujer ahí rezongando, y ella que más, como si fuese un juego predestinado, y mi Cruxana con la cara enchichada, colorada, y yo calmo, imperturbable, casi como una estatua predestinada al azote del tiempo, y tanta

intensidad que esto perturba, y mi Cruxana ahí, y la señora también, y puedo tener potestad de su cuerpo como si tuviese la capacidad de adentrarme y poder jugar entre sus paredes escabrosas y llenas de una leche carnal y venenosa, mientras mi hombro puede contemplar el interior de esta mujer, mientras mi Cruxana rezonga, y qué, todo se puede mientras el viaje perpetuo de mi deseo me adentra más y más, y siento suavemente que mi hombro se llena de una pequeña humedad, frágil como la sonrisa de la señora. Agüitas, meras agüitas, todo se justifica en el encierro. Ah, pero explicaciones erróneas que se me ocurrieron, como cuando nadie las pide y el culpable confiesa su culpabilidad. Luego, palabras necias : — que me bajo —, pues bájase. “ De verdad, que me bajo “. Pues bájese. Y el corito parecía una tonta tonada salida de cualquier centro espiritual, y una calma, y una sonrisa y todo olvidado, pues el hombre aunque usadito aun levanta.

Templada de carpa y no más y el recorrido siguió normal. O eso creía ; mientras, todo puede surgir en esta azarosa tarde. Cruxana pide que le abran la ventana del puesto de adelante (como si este acto produjese una reacción en cadena). Acomoda su culito en una humilde posición. No asumo nada si no entra por los costados, sea sol, aromas, la metralla estridente de una motocicleta o el zumbido estático de los autos. Se me antoja familiar la chiquilla que esconde su rostro en una belleza descuidada, podría ser bella, tener su sitio en mi corazón, con esa indiferencia cruel . Sí, crueldad, de la que no se confunde con crudo sino propone una decidida estancia en este mundillo del bus. Su cabeza confluye perpendicularmente con una calcomanía de una mujer obesa a la que se le ha enredado un hombre flacuchento en sus grandes nalgas. Creo que a eso se debe esa sensación de asistir a un juicio no solicitado, la sensación de que una pluma se me atraganta. El chofer niega la entrada a un payaso, el cual muestra su dedo cordal cuando se aleja del parqueadero. Me parece tan atractiva la niña que pongo, por eso, un freno de mano al miedo y escondo cada tanto mi sexo con un cuadernito donde llevo por error cuanta dirección me dictan. Si estuviese solo podría llamarla a mi lado, contemplarla como se contempla a una mujer joven, invitarla a compartir un coffee delight y negarle mi parecido con mi padre. Le indicaría el dibujo que he realizado a su nombre — aunque la que posaba era Cruxanita —, le explicaría que lo chueco del mismo es un homenaje a lo que

me podría representar ella y que es el encanto de lo maternal pero cuya razón está en esconder hacia sí a sus hijos, pues ejerce potestad y control sobre el hombre que no ha dejado de ser un feto en su vientre. Diría que el personaje dentro de su matriz es un autorretrato, pues cada hombre en sí lleva el peso consciente del útero materno.

Vea no más, filosofía de puro pueblo barato, si lo único que se observa es su indigna posición en este bus, colgada y desvencijada en los tubos paralelos a los que, si se tocan demasiado, les sale un hollín de lo más chimbo, y le empieza una rasquiña por todo el cuerpo, y un dolor casi de parto, como si el pequeño desayuno jalado en la mañana fuese una vomitiva de insectos. Me desconcierta que Cruxana no me cele. Considero extraña su aferrada insistencia sobre el afuera (pues lleva sus ojos imantados al vidrio), tal vez es su modo de expiar culpas en la culpa colectiva. La niña lleva un libro de autoayuda que sale de su maletín azul que se ciñe a su espalda. Sus miraditas hacia atrás son crueles (me acuerdo, al verla, de la telenovela que veía mi madre donde una baronesa utilizaba el látigo como forma de castigo sobre el macho, cuando éste tenía la osadía de verla directamente a los ojos). Toda esta pérdida de tiempo es una celada de esta tarde, que descubre el verdadero rostro de las personas y los peligros de lo sombrío y lo incierto.

—“Puto freno ... ” —, someramente afirma Cruxana.

—“Putísimo freno, mi amor” — , le contesto así, tan seco que parece cortar cualquier encuentro sugestivo con mi mujer.

Podría a esta niña reclamarle los renacuajos que revoletean dentro de mí, como si buscaran su estatuilla bien formada. Podría invitarla a un té, pero ella se ha bajado del bus (recuerdo que este aparato oblonga el tiempo a su antojo). Lo peor es que me regaló una sonrisa antes de bajarse. No sé si viene al caso citarlo. Seguirlo no sería mala idea pero ...

Viajo entre cruces

no le pido a nadie que suba a mi lado ; es el bus, mompa ; aquí el zolle no se entiende. Nadie ha previsto un desenlace a esta parodia.

Cruxanita

Cruxanita

Cruxana

cruza sus piernas. (suavemente)

Descubro la araña invisible que ha tejido verdes zonas en los postes, donde se mecen las pesquisas del viento, los pájaros, los zánganos Y el chofer ahí hurgándose la nariz, la calle bulliciosa, el inquilinato, la mujer que me cobraba tanto que dejé de visitarla por un buen tiempo. Este maldito aparato y mis pedos constreñidos al interior (¿acaso jugando a destilarlos ?).

—“Puto freno ... ”— repite mi mujer.

— “Putísimo freno mi amor” — le contesto así, tan seco que parece cortar cualquier encuentro sugestivo con mi mujer.

Quisiera tener escorpiones jugando, en mi lengua, a esa eterna lucha a muerte. Pues las palabras se contienen dentro de mis ojos, cuando la aspiro. Quisiera estar a tu lado, arrojarme en la premisa de la espalda donde anidan tus cabellos. ¡Pertenezco a Cruxana !

(El bus la dibuja en cada ventanilla)

Ay, Cruzanita, cuántas cosas hemos pasado y que vemos pasar en nuestros ojos, que sólo me queda desearte en toda mañana, y creerme de sal cuando soplas a mi oído. Pero no jodo más, no quiero empinar mis pies hacia tu abismo a esa soledad ese escalofrío de piernas de miradas de huesos de leche de piel de caramelo de hotelucho en la Avenida Libertad en la esquina escondida de Fátima o en la Casa Verde donde bareteamos tanto que se nos iban las lunas y los soles y no sabíamos a qué hora iba a parar todo esto todo cuanto queríamos era estarnos acostados enlunados, enlutados, entundados, enduendados, jodidos pero contentos.

(Este es mi sueño perpetuo)

A ella se lo digo, y no lo creo pues algo crece bajo mi garganta y es una plegaria, una eterna sombra que se le parece y huele perpetuamente en mi costado.

Recuerdo ese encuentro de miradas, ese respirar muy suyo, muy mío, de todos, de viento.

Deseo es mi canción y mi angustia.

Y el chofer ha puesto, sin querer, un sancocho de boleros que suenan extrañamente familiares, y mi mujer se ha puesto a abrir y cerrar su boca como un corazón que necesita del viento para latir, portentosamente, mientras la calle le entra como por una ventana y por otra, y saluda cariñosamente a su hermana que acababa de salir del Departamental.

Todo a escondidas de su cuñado que la acompañaba.

Pues es la palabra jamás pronunciada, el brillo perenne de los enamorados, los que buscan el exilio de las caricias y de sus labios (Crujana : la niña bien que ha hecho quedar mal a la familia).

Ella es, entonces, la parada instantánea. Una rosa desmembrada en diversos olores bajo las axilas de este bus, henchido de asfioxio, súbitamente encendido de neón.

Quisiera tener caracolas en mis labios

y llevar este mar furioso al Sol, donde se incendian los amores clandestinos, los paraderos que separan, el pasado.

Quisiera ser y no soy. No puedo surgir del destino, pues este suele ser, un lugar, algo que nos espera sin pretender encontrar una sorpresa inesperada en la esquina. Pudimos bajar del bus, calculando el preciso momento cuando el chofer presiona el freno para ayudar a las personas a subir y a bajar.

Pero no lo hacemos. Algo nos pega a estos asientos. Es un infiernillo, para hacer de nosotros fantasmas.

El bus es un gran fantasma. Crujana parece intuirlo.

Le ha surgido un sonrisa. Siempre he intentado entender sus extraños saltos en la memoria pues recuerda, como si fuesen necesarios más recuerdos, las visitas a la loca Susy en el jardín de la 19, cuando le contábamos lo asustados que estábamos con el chino que ella esperaba. Ella, muy digna, muy barata y muy maga, nos leía el tabaco y chupábamos humo con una desesperación que a Susy le entraban unas risas que soltaba cada tanto sin que ella quisiese ser

evidente en su engaño. El tarot que manejaba se lo había traído de Alemania y que lo había cargado en el cementerio central, con ciertos conjuros que, a decir verdad, no recuerdo muy bien (de todos modos guarde, señor lector, este pequeño secreto : tenemos con Cruxanita también nuestros maleficios). Pero lo tenaz fue que cuando nos fuimos a visitar monumentos la vimos a ella muy bien apretadita entre todos los creyentes. Su figura, *chimbilaco pop* como le diría Cruxana, no cuadraba con esa solemnidad angelical de las demás personas. Pero, al cabo, también nosotros visitábamos las iglesias, cuando había tiempo y éste no se estacionaba en las dudas que ahora son tormentos. Las sonrisas tienen una lágrima escondida que marca los accidentes del rostro y pela la piel para exponer nuestra calavera. Sí, ella es mi muerte, lo confieso, y no lo digo tan duro pues esto jamás debe pronunciarse y confesarse pues podría ser la condena perpetua a sus delirios.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Había marcado un punto equidistante en mi mano. Dicese de las personas que tienen un amor que lo marca para toda la vida. Susy siempre fue como una hechicera de malos presagios que por fortuna, nunca se cumplieron. Cruxana le creía tanto que todo lo que levantábamos lo llevaba a ella para que le hiciese tanto menjurje y sobasoba en la espalda con matas raras traídas del Putumayo. Estas cercanías con la selva salen caras, pues a mi casi que me deja turulato el precio de cada consulta. Y, a propósito, ¿por qué estoy hablando de estas maricaditas? Susy amaneció a mi lado un día de esos cuando a mi mujer le daba

por irse a un pueblo. Susy fue sacada a greñadas de mi casa y así seguimos, con un deletreo de gestos y no más, *perro come perro, y por un peso se matan.*

Creo entender que nada me es dado. Esta siluetita suya y tan mía, tan desgreñada y tan sutilmente suya. A Cruxanita le faltaría posar en una revista y volverse tan famosa por su sonrisa pues es tan brillante que parece lo único humano que le sobrevive. Sé que el bus es una instancia más de luz y sombras, donde cada brillo rebota entre los objetos y puede cabalgar hasta los dientes de mi amada (permítame esta posesión absurda sobre ella). Parece que la luminosidad entrase forzada y quemara la cara. El sol no es agradable y menos desde esta banca con este ventanal tan grande. Verraca ventana, puesto de primera para detallar esa ciudad que cambia lentamente allá, afuera. Entonces no es tan loco que la imagen que esconde al chofer sea precisamente un santo que tiene una espada de fuego. La luz quema, queda nuestra piel pegada a los huesos, y el sudor se esconde en complicidad con esta joda. Maldita sobaquiña, pues no he parado de olerme las axilas. Y una extraña erección, de repente, surge entre la geografía sumisa de mis pantalones. Espero que esta posición, casi un cinturón de castidad, no sea impedimento cuando ya sea la hora de salir de aquí.

— Aquí planto mi descendencia — y el que quiera me lo toque. Sugiero tomar aire mientras Cruxana no se dé cuenta o permitirme una osadía llevando la mano de ella hasta mi bragueta.

¡ QqqQUE !!!!!!!

— Ay, perdón, dispense usted, creí que todo lo mío era tuyo y todo lo tuyo era mío, o que todo lo nuestro era nuestro como si nos perteneciéramos el uno al otro y viceversa.

De vez en cuando un grito no produce mayor reacción en el bus.

Las personas levemente han salido de su letargo.

Habría de intitular esta idea como fracaso, pero las circunstancias ameritan una mejor apreciación. A Cruxana le sugiere un viaje infernal este bus, pues no existen más que almas hacinadas en un encierro. En cambio, con una posición más serena, pienso que simplemente es inevitable que las personas se apretujen y que no existe nada de teológico en este artefacto y que sugiere una noción carnavalesca pues el decorado del lugar parece una estética del juego. No sé, creo que el mal gusto de un dueño no puede ser justificado por ninguna medida, pese a que habíamos discutido sobre la intimidad con lo popular. La señora, de una ruana curtida por el polvo, pretende insinuar, con un ademán sencillo y cortés, que este bus no es la 2, y que se ha equivocado de ruta, y comienza a empujar a todos hasta poder llegar oportunamente al paradero improvisado en *el parque de los Periodistas*. Ah, viejitas decrépitas y orates, les da cada tanto por subirse y no saber por qué lo hacen; entiendo las cuántas pérdidas de horas de mi abuela cuando pretendía llegar donde su esposo, y terminaba visitando a su hermana en Santiago, por mera culpa de la desorientación. Lo peor era que a mitad de camino se acordaba de que su esposo había muerto.

— Algo de lápidas me sugiere las casas puestas a los costados de mi viaje.

Cruxana ha improvisado un abanico, pues el calor es insoportable y no puede respirar cuando el aire está tan enrarecido. Claro que no lo expresa, pero su rostro empieza a volverse tan sombrío como el aspecto de todos los que estamos apretados.

— Pero sigue siendo un bonito viaje — le digo, intentando amenizar el viaje con una frasecita de cajón.

— Bonito sí, pero no agradable — apela, e insiste en preguntar : ¿cuánto falta para llegar ?.

Este calor es infernal y me da por decirle : — Es el infierno, no cabe duda.

— Sí, al menos en nuestra casa ya no cabe la certeza de lo infernal — me dice.

— No sé, para mí simplemente es un buen medio de transporte — insinué.

Las ventanillas sugieren de pronto un cambio, el ritmo es ahora más lento, un tanto cadencioso ; por eso, tal vez el personaje situado en la cabina del bus prefiere sonreír mientras sus manos se posan en las piernas de la acompañante, como si el paso ligero del reloj fuese cómplice de su amorío. Unos segundos después, casi a un parpadeo, las exclamaciones de los pasajeros sugieren el caos de su omisión. La estela del perro trazaba desde su cuerpo una larga grafía en el asfalto, y el amor quedaba en entredicho, pues la acompañante le recordaría el carnicero de su esposo

O eso es lo que nos imaginamos con Cruxana, mientras recurrimos al juego imaginativo para no terminar matándonos.

— Pero esto no ha sucedido aún. No es más que el triste recuerdo de mi amigo Luis que fue arrastrado casi una cuadra sin que el chofer de aquel bus se diese cuenta — le digo a ella, mientras siento una repentina sensación de náuseas, de extrema venida del interior pues el ritmo del bus provoca un estropeo en el estómago. Lástima que las ventanillas no se puedan abrir más, ni ofrezcan bolsitas negras para accidentes, ni que los sombreros fuesen un improvisado toilette.

“Beber el vómito es un proceso de sacralidad “, lei en un artículo. Espero contar con eso, y no provocar la satisfacción de manchar este maldito artefacto.

Cof, Cof, Cof

CO₂, CO₂ ,CO₂

Codos, Codos, Codos,

sus ojos, mis ojos, muchos ojos

Tres pies, Tres pies, Tres pies

Un solo monstruo

bus, otro bus, y más buses

Una mujer grande sale de la Tipografía Cabrera y se acomoda los pantalones.

Es la hermana de Cruxana, mi otra cuñada, y un hombre, no es su esposo, tiene cara de concejal, muy político, cof, cof, cof. Él tose, el gas del bus lo ha hecho toser.

Su hermana se hace la idiota, la muy idiota, la idiotizada.

Una Chevrolet 4x4. 16 personas mueren en atraco a un bus : anuncio de periódico en la esquina donde la pecosa vende todos los nacionales.

Si no hubiese el destino premeditado nuestra vida estaría gozando esas nalgas cuasicuarentonas. Su hermana alguna vez solicitó mis servicios cuando yo andaba haciendo retratos a domicilio. Pues, aunque no pasó hace mucho, su cuerpo era más juvenil y sus carnes rosadas permitían una buena luminosidad para que pudiera entremezclar bien mis pinturas. Habría de recordar el sillón grande y rojizo donde ella parecía estirar su cuero. Alguna vez exageré este detalle y a ella le pareció una extraña relación con las deformidades de vanguardia. Jamás entendí los movimientos pictóricos que me decía y que conoció cuando viajó a Milán. Yo sólo sé que nada sé, y de Milán solo sé que hay milanesa y juegan Cafú y Córdoba. Decoradora de interiores se decía y yo sólo le quería decorar sus interiores.

— Ah puto freno, ¿no, amor? — le digo como por desviar estas conexiones de la memoria sobre la historieta con su hermana. Pues no faltaron los plop, las onomatopeyas donde su hermanita parecía traducir los gemidos en un español relantelizado, que oblonga el placer en una cadencia lenta y apacible. Demasiado apacible. En tanto, Cruxana era la niña mimada de la familia y a la que me robé por mero capricho. Sus besos acaramelados y sabor a bombón me eran más placenteros que la veterana pariente.

(Aquí debería aparecer un conejo rosado *Energizer* e interrumpir la acción).

Lo del arte siempre es una precondition para la conquista de las mujeres bellas, tal vez el único artificio para poder cabalgar sobre los montes prohibidos de la sociedad. Pero al final, en este bus, mi destino está pactado, no sólo bajo la carta x del tarot (la rueda de la fortuna) que tanto le gustaba a Cruxana y le salía con insistencia en las lecturas de la Susy, sino también por esta perentoria necesidad de subir todos los días a este cacharro, donde todos estamos condenados al ciclo suicidante de la memoria.

Después, como en todo cuento incompleto, queda bajarse y huirle a la sombra. No permitir que el cuerpo quede atrapado en las artimañas del que sin narrar quiere que lo escuchen. Al final, decidimos bajarnos muy cerca al lugar donde deberíamos resolver nuestros problemas. (Cita con el abogado : 4 : 00 p.m. oficina 303 cerca a La Merced). Después de una dosis de insensatez, la miré, le permití el último intento de control sobre mi persona, pero el timbre del bus no espera, ni mucho menos el chofer, así que el paradero es una instancia imperturbable y jamás superada. Simplemente, Cruxana se dejó arrastrar por el oficio de tomadora de bus, y dejar que otros más osados lleven a cabo su destino.

(...)

Por lo demás, queda olvidarnos de los rostros, creer que todo es fácil, y si existen las rupturas es una salvación de almas lo que se ha hecho (aunque la culpa empuja por dentro, en el pecho). Al menos algunos creen en esto, y, en cambio, sigo con la idea del fracaso, pues todo es cuestión de palabras y eso es lo que escucho en la radio, cuando tomo otro bus. Mi pequeño corazón, mi hombro, la comisura de los labios y mis manos han olvidado a Cruxanita y su cuerpo golpearse con un bus que venía a toda mierda y quedar su cuerpo tirado en la 22 solamente para que el maldito abogado le dé respiración boca a boca con la maestría de quien conoce su oficio. Así que la historia no importa ni mucho menos el pasado, solo acomodar bien mis tristes nalgas y que no me den más estos malditos calambres. Tratar de cogerlo todo, sin joder a nadie y conservar este rostro serio, aunque aparentemente triste.

(Léase la última frase como si fuese un tango)

.....EL RESTO

Ver a una mujer resulta precariamente el primer paso a la muerte. Aquella mujer, que no excedía los treinta años, tenía un cierto aspecto de dama acomodada, con vestido blanco que desentonaba con el carácter rucio del ambiente, sentada adelante, en la primera banca, donde sus piernas ajustadas se acomodaban detrás de la cabina del chofer con una dulce pose de mirar la ciudad y cierta indiferencia con el resto del bus. Dentro del encierro queda detallar a las personas como un ejercicio válido para evitar el angustioso viaje ; así lo hice con ella, cuya diferencia no radicaba en que definitivamente era una mujer que no debía viajar en bus, sino en su casi pétreo cuerpo y sus casi matemáticos movimientos (que si uno no fuese detallista juraría que ella era una muñeca de carne y que no había humanidad en su quietud). Lo interesante es que la volví a ver al otro día, y un día más, también un sábado, y un festivo en que por error cogí esta ruta. Cada vez la detallaba más, podría con seguridad adivinar los gestos que haría acordes al día, dónde se bajaría y podría divagar sobre su nombre, todo por esa obsesión de conocerla y de pronto entablar una conversación, aunque sabía que esto aquí es imposible.

Mi trabajo me obligaba a coger esta ruta y por eso, tal vez, mi presencia no era extraña para ella, lo que me permitía escoger un buen sitio para detallarla. Se santiguaba cuando pasaba por una iglesia, lo que me indicaba cierta devoción por los sitios de la ciudad. El modo de cruzar sus piernas me aseguraba que estudió en un colegio religioso donde los exagerados gestos no eran permitidos. Su cabellera rubia y sus lentes algo indicaban, al menos podría descartar el origen humilde. No tenía ningún anillo, deduje que era soltera y sin compromiso importante. El bolso en la mano siempre me perturbó, porque parecía ligero,

extrañamente liviano si se tiene en cuenta la manía de las mujeres de llenarlos. Pero jamás entendí dónde agarraba el bus, si los primeros barrios de la ruta por lo general eran a las afueras, muy populares , y por su porte me indicaba no pertenecer a ellos y en general no pertenecer a la ciudad.

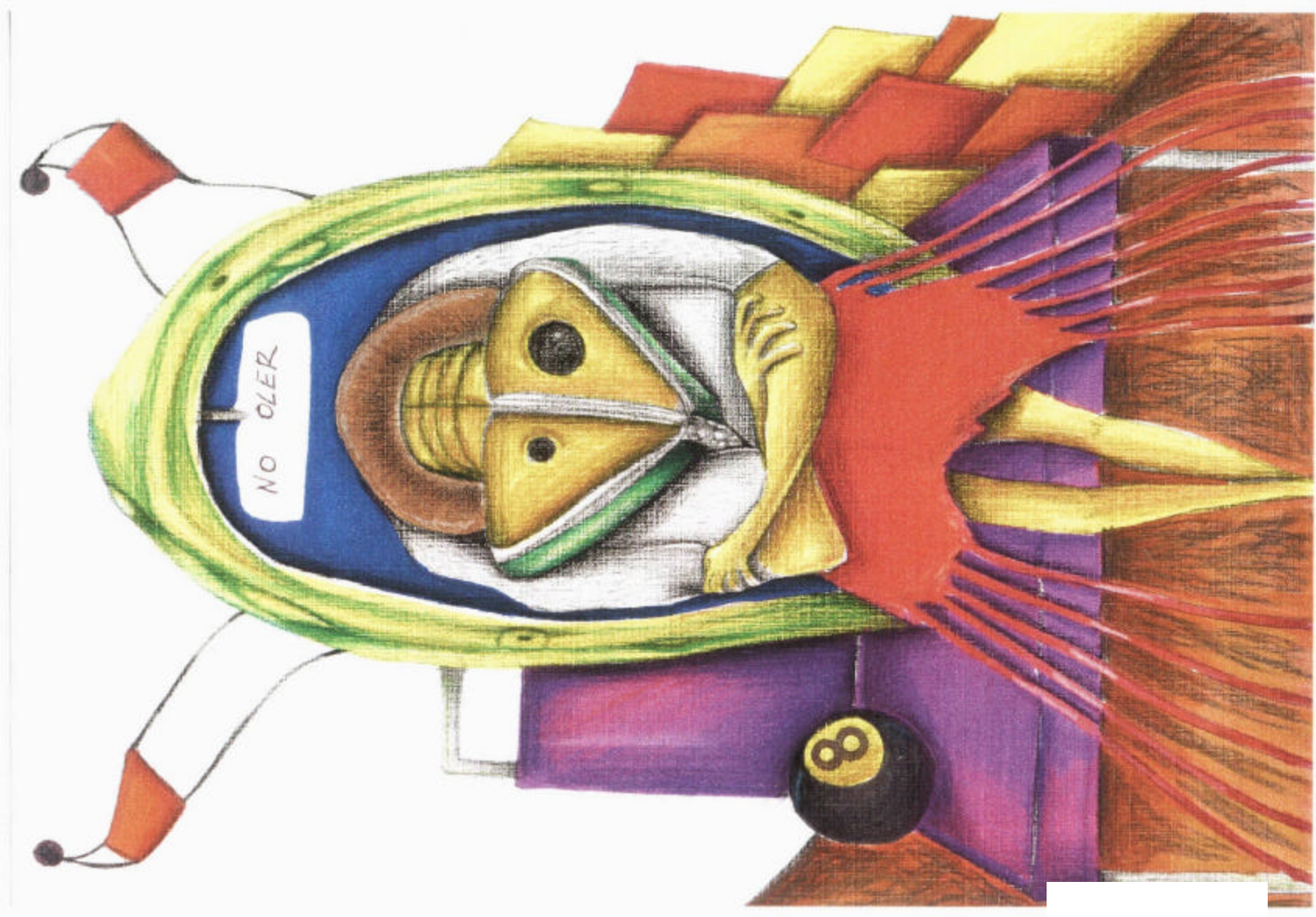
Sus gestos estaban precisamente calculados para no resaltar, como una premeditada pose. Estornudó y levemente acercó sus manos a la nariz y un sonido salió de su cuerpo, observó a su alrededor para constatar que nadie podría haber sentido tan engorroso ruidito. Yo disimulé mirando rápidamente hacia la calle, como huyendo ante su mirada inquisidora, pero ella y yo sabíamos que su peída fue suficientemente sonora para ser percibida por las personas de al lado. Alguna vez le había comentado a un amigo el poder seductor de un pedo en una relación amorosa, y como la mujer se sonroja al saber que hace parte de un cortejo antiguo, pero en el bus, en este lugar donde nada está permitido, todo debe ser simulado y más un elemento tan orgánicamente reconocible. Una anciana que estaba a su costado también percibió el sonido y, para entablar una especie de solidaridad, estornudó. Pero ella lo hizo de forma tan vulgar que el vidrio que esconde al chofer quedó mojado. Siguió estornudando, y cada vez más con fuerza que intentaba contener este espasmo repentino pero sus manos no podían impedir estornudar, mientras lo seguía haciendo con tal vigor que sangraba y empezó a convulsionar.

— Esta mujer sufre de epilepsia — repetía nuestra dama, con cierto acento de compasión.

Pero no sólo fue la anciana, le siguió un joven que estaba en el asiento continuo, y también el que estaba atrás de él. Lo que parecía una simple solidaridad con la mujer, se convirtió en un juego de dominó, y todo el mundo empezó a asustarse ante esta cadena convulsiva y salieron empujando para no dejarse alcanzar por lo que parecía un juego de virulencia mortal. Pero la puerta trasera del bus se atascó, y las personas que estaban en esa fila empezaron a estornudar y la desesperación fue tal que muchos quebraron los vidrios para salir y poder escapar, hasta que la secuencia paró justamente cuando el último de la fila, un anciano que vomitó sangre, quedó tendido en el asiento trasero. El chofer, que estaba encerrado en su cabina de música a alto volumen, solo se

percató del suceso cuando descubrió los movimientos apresurados de los personajes que salían por las ventanas, pues como en toda desgracia, el tiempo parece rendir lo suficiente que un segundo se puede convertir en una eternidad dolorosa.

La idea era salir del artefacto antes de que les sucediera lo mismo, pues lo habían hecho hasta el conductor y su acompañante. Pero nuestra dama, jamás se movió de su asiento, con tal frialdad que limpió sus vestidos con un pañuelo rojo y colocó la cabeza de la anciana en una posición más cómoda. Y miró hacia atrás y por primera vez detallé su rostro, la geografía perfecta de su piel donde los labios constituían una cadencia musical con su cabello. Me olvidé de repente de esa urgencia de salir y le ofrecí mi mano para que pudiera saltar la registradora del bus, ella simplemente, con cierto gesto de dulzura, me indicó la salida trasera que estaba libre. Fueron sus ojos los que me dejaron casi clavado dentro del bus ; como si ese instante se alargara igual que en una película amorosa y sus manos se sentían más frías que el mismo ambiente de la ciudad, y de repente una sensación de abrazar el viento corrió por mi piel y no hubo miedo que me alejase de este encuentro, pero fue esa voz, ese grito desesperado de una mujer, que corrió por mis huesos lo que me sacudió y me alejó de ella, y algo batía mi cuerpo, alguien estornudaba a lo lejos y ese pasillo con los bombillos en el cielo me parecían tan similar al bus que cerré los ojos y estornudé, sacando al fin toda la sangre que presionaba en mis pulmones mientras una mujer de blanco celebraba por la sangre a mi costado.



.....OLOR A BUS

Mi piel huele a papel quemado, es conveniente cambiar de posición. Tú tienes esa mirada tan tuya que el Sol no es impedimento para que pueda conversar contigo. Pero no lo hago. Me escudo en este juego de manos, en este ir y venir de dedos que contraigo con cierta insistencia. Miro la calle, como si algo de ella me recordara estar vivo. No siento claramente esta invasión de nada, por eso sigo viendo la escena del hombre que me vende, con insistencia, cuchillos que cortan cualquier carne. Acomodo mis tristes nalgas. Miro con cierta desconfianza que el chofer cada tanto nos observa desde el vidriecito interno. Algo de malicia surge de sus ojos, esas pequeñas rocas enclavas en la geografía de cicatrices de viruela. Me resigno a mirarte antes de bajarme y agarrar el segundo bus que puede conducirme a mi destino.

— Señorita de bien, ¿a dónde te conduce este bus ? — te grito y tú simplemente haces ese gesto cruel e indiferente.

Más reacción hubiese tenido ante una ventosidad, pero el recuerdo furtivo del sentimiento me contagia en este viaje.

El reloj me aprisiona a estas horas densas y pesadas, cargadas de smog y cadencia de seres que parecen colgar de los tubos paralelos de este bus. Solo eres una pequeña sombra rubia entre cuerpos diversos, eso es un consuelo, la esperanza repentina de que todos, como en una razón inexplicable, se fueran de repente. La señora que lleva un niño a su costado me mira con desconfianza, pues su ombligo está en dirección lineal sobre mi mirada, tal vez por eso ha colocado su cartera negra cubriendo su vientre y su sexo. Las ventanas ahora parecen un refugio de hedores que se vuelven una veladura verduzca en los vidrios. Gracioso son mis manos al rozar buscando la transparencia a la calle, donde habitan todos los seres que nos recuerdan de dónde venimos. El anciano

que me acompaña, en ese encuentro de bus, me señala que aquí mataron a Samuel, el vendedor más famoso de gelatinas de esta ciudad, y sus dedos se vuelven gelatinosos, y su cara parece también colgar como si fuese un monstruo de gel. Pero mi respuesta, esa combinación de *sí, ajá, mmm*, jamás se debe considerar una conversación, más bien la templanza ante la insistencia por la charla inofensiva. Te he dejado de ver, y ya nada puede hacerse pues los cuerpos no son traslúcidos y cada vez más esto se llena hasta el techo. Por ahí se nos viene un olor a pescado fuertemente colándose por los costados, por el chal de la señora que está delante de mi puesto, por las axilas hirsutas de la niña que masca chicle con un ritmo casi magnético. El hedor es tan común que todos, después de olerse las partes que pueden considerar víctimas de este entierro, siguen mirando el éter que rodea los pocos espacios entre las personas. Existe ese pacto de no llevarse las manos a las narices, pues la hediondez es compartida y no hay derecho para desconocerla. Prefiero estar del otro lado, para al menos mirar tu cabello, pero ya nada se puede hacer, este bus es cada vez una acumulación de formas dispersas. Por el cambio de sonidos intuyo que llegamos al centro, y vuelvo a limpiar los vidrios para comprobarlo. No hay nada diferente afuera, donde la ciudad parece invitarnos a la huida. Ya no puedo acomodar mi trasero, y el sudor comienza a aferrarme al asiento. Ahora entiendo el grafito escrito en la parte trasera del asiento de adelante, "Todos en este bus son unos culitontos", descifrando la ignorancia del culo en cuestiones de hacinamiento. Recibo algo de Sol, pues se ha pasado para este lado. Entrecierro los ojos para protegerlos ante esta luminosidad efervescente, al hacerlo, todas las formas empiezan a danzar fuera de mí, como si se entremezclaran y se volvieran una sola masa uniforme, llena de color, y de un inconfundible aroma familiar. Esta escena es hipnótica, y sigo en este ejercicio de tener los ojos como un japonés, casi con la medida precisa para una mirada diferente. El chal morado de la señora se vuelve parte del brazo del señor que recibe el sexo inoportuno de una quinceañera vestida de lo que parece su uniforme, pues los cuadros de su falda se confunden perfectamente con la escena del hombre revisando un crucigrama en el periódico, que a la vez parece el cuaderno del niño escolar. En fin, todo está hermosamente confuso, y mis ojos parecen constreñidos a esta idea de aferrarse a los párpados. Te veo dispuesta a sacarme de este lugar, ahora tus ojos se deslizan en tu rostro con ese verdor de la mirada infame, tu lengua recorre los labios en ese sentido horizontal de degustación, y tus manos gigantes abren poco a poco lo que parece el portal de

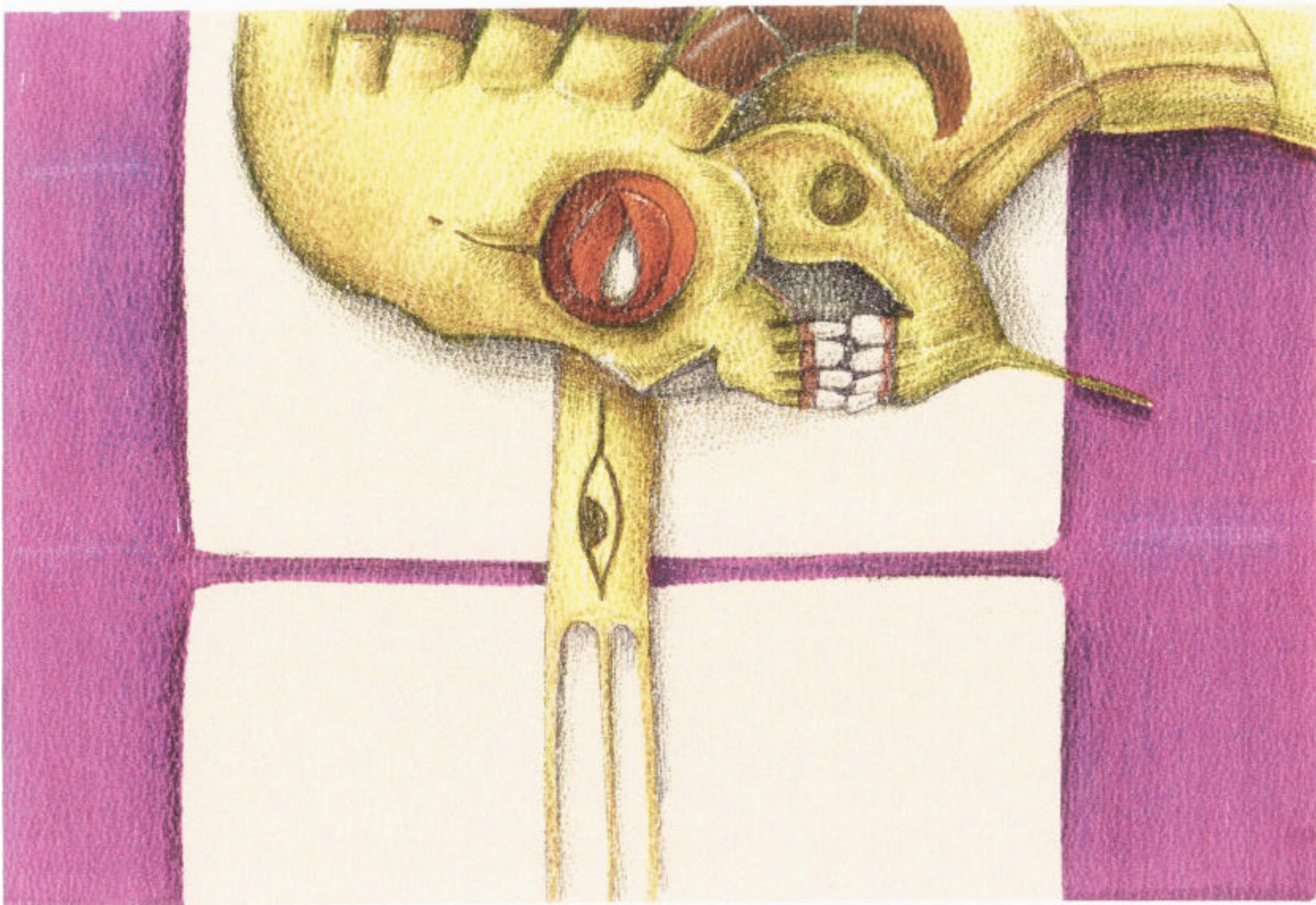
este lugar. Yo con esta hediondez me clavo en tus dientes y veo huir mi cuerpo de esta lata de sardinas. El chofer no dice nada, sabe que es el único alimento para estos días.

.....(..)

Siempre es esta vaina de rascarme estas cosas que parecen mis dedos y soban mis cueros. Sí, señora, por Dios, cómo se le ocurre, esto es un bus, no un puto show de noche donde todo sale por los lados y por los costados, como escurriéndose, así tal cual gelatina en los senos de una cabaretera. O qué palabra, perdón, mucho perdón, perdóneme a tan imperdonable boca sucia, porque es así como todo ocurre aquí, sí, aquí y acullá donde los vidrios repiten la calle como una monótona canción. Mis dedos siempre son inquietos, y mis ojos. No sé si sea oportuno contarle que acabo de asestarle un golpe a ese señor que viene vendiendo confites. O qué, no es que se puede tocar la mercancía. Ah, perdone, usted no está a la venta. ¿Acaso esto es un talk show ?, mmmm, qué tal, siéntese, ya se me bajó la calentura, no como, por Dios, cómo se le ocurre que esta pinta tenga algo que hacerle, o, de repente, si usted me lo permite...

Mire no más, toda esa gente que nos mira y en realidad no lo hace, es como si nosotros fuésemos parte de una película aburrida, creo, si lo ve bien a usted le sienta el papel de una mujer en un bus, repleto hasta los tuétanos de gente. No le parece, estar apretaditos, algo así como un zumbido electrónico, perdón, dispense, es el *bipper*, conteste no más, puede ser algo urgente. Le repito esta sensación de acercarme y temblar siempre la he tenido, al menos, si una mujer como usted se pone acoplando sus formas en mi hombro. Bueno, mire la ventanilla, ay, sí, aquí mataron ayer a un negro que vendía melcochas, lo recuerda, el buen hijueputica se recitaba de memoria los salmos y contemplaba algo encima del bus, tal vez, alguna vez se lo dije, Dios habla a través de las ventanillas superiores de este maldito cacharro. Uff, calor, no lo siente, debería quitarse ese saco, no le parece, pues si quiere yo le ayudo, no no no se altere, eso es una broma, aquí somos simpáticos, por eso el carnaval, ah, ¿usted no ha estado untándose de negro y echándose unos polvos al aire ? Eso es delicioso, con razón mi mamá no me lo permitía, uno que es calenturiento volvía vuelto flecos los vestidos. Ah y qué, sí, este cacharro, cosa grave, cosa grande,

elemento decorativo de esta ciudad, ¿no supo esto?, alguna vez vistieron los buses de muñecos y los choferes andaban promocionando ciertas necesidades para ellos, dizque porque eran los trabajadores más amenazados de la ciudad, como si eso de andar putiando a todo el mundo fuese importante aquí, ya que el hijueputa si lo repite más de tres veces al día pierde fuerza, y los que callan son más ofensivos, por eso no se quede callada, mire que a esa carita no le luce. Bueno no es que me caiga mal el chofer, pero esa mirada a través de ese espejo me parece sospechosa. En fin, piénselo, acá mataron a la Carla, un travesti de lo más lindo y andaba indicando los senos a todo el mundo, creo que las tenía tan grandes como las suyas, perdón, sí, es esta sensación en mis manos, por Dios, ¿usted no sabe qué me puedo untar? Y la mataron por cerrar la boca, según cuentan, y eso sí que en la calle es delito, no el callar, sino el cerrar la boca, ¿no lo entiende?, cerrar la boca, sí, la boca, boca, sí, metáfora y realidad a la vez, cerrar la boca, es una cosa que un travesti no puede hacer, ah, ya, lo entendió, por fin, me evitó ser más gráfico. ¿Qué es esto?, un dibujito, sí, cada tanto me da por dibujar lo que veo, mire, usted es esta niña que parece colgar del tubo paralelo como si pareciera puro cuero de carnicería, no, no es ofensa, por Dios, cómo se le ocurre, usted tiene todo, bajo en grasa, sin colesterol, muy bien para qué. Ahora que lo detallo, esta niña se parece a usted, que sí, sí, diga que sí, no se haga la que no ha escuchado nada, soy muy claro, por eso dibujo, que me acompañe, aquí cerquita conozco un buen sitio, sí, sí, tranquila, yo se lo quito, por Dios, cómo no, uno también tiene dignidad, no lo ve, por eso la rasquiña en mi mano. A mí tampoco me luce esta vaina dorada en el dedo. Bien, pero a usted le luce mi anillo en su boca. Sí, eso, paradero, aquí nos bajamos.



.....NOTAS PARA UN ZOOLOGICO

El personaje debería tener la cara de Gary Oldman, estar en la primera banca de un autobús y llevar en su mano izquierda un trébol, que apretaría fuertemente cuando recordara a esa mujer (pues el pasado volvería en fragmentos cortados). Un escozor como miriápodo corroyendo sus venas le pasaría lado a lado por su frente, porque esa hoja se la regalaron solamente para decirle que su estúpida cara de quien no quiebra un huevo, no *era de su tipo*. Debería apretar el puño tan fuertemente que la sangre del trébol se volvería una estela delgada corriendo por su brazo, pasaría por el vestido, se posaría en sus piernas. El color verde se volvería de un rojo inconfundiblemente oscuro, como si, de repente, él tuviese que cambiar su trébol por una pequeña avecilla que habría de recoger en el parque. Entonces, comprendería que olvidó el trébol en la libreta de apuntes de otra mujer, y que esa ave era el regalo que tendría para ella (la otra). Volvería a recordar (y los recuerdos en fragmentos lo asaltarían como quien recibe el azote de un ave en vuelo) y todo le sería entendido : el bus te distorsiona el sentido de pertenencia, se diría o debería decirlo para tratar de explicar el reguero de plumas en el piso y una que otra mancha en el vestido de la persona de al lado. La persona de al lado, entonces, debería llevar un vestido blanco, notoriamente diferente al decorado del vehículo y también distinto a la coloración de la ciudad, parecería una enfermera con una jaula de un hámster que tendría una ruedita que no dejará de seguir manejando, en círculos, como si su vida dependiera de este ejercicio estúpido y cíclico. Debería detenerse el autobús, y ella tendría que dirigirse al parque central para liberar al animal y cumplir la promesa realizada a sus hijos y lo pensaría dos veces, tres veces y hasta cuatro porque de eso dependería su vida, la jaula demoraría varios minutos para abrirse y el animal olería un poco el lugar, se detendría antes de dar un salto angustioso hacia el abismo de la libertad. Ella se santiguaría, y diría al mundo que es por amor a los hijos, y rezaría para que eso que lleva el animal no se expanda por la ciudad. La mujer dejaría una huella (una supuesta forma de

corazón) en el asiento del bus que pronto se borraría y se dejaría tapar por el cuerpo, casi enrarecido, de otra mujer y un perro, que entraría gracias a que el chofer es amigo. La señora no tendría ningún reparo para abrir completamente la ventana y dejar que la mascota asome su cabeza por la ciudad, los niños la verían, le admirarían su pelito ensortijado y ella, que lo haría a propósito, se sentiría orgullosa del pelambre de su animal. Pero el perro, que no entiende de servidumbre ni mucho menos de viajar en bus a horas pico, abriría su hocico y dejaría una marca por todos los que esperan esa ruta. Abría un momento de silencio — porque siempre existen momentos donde es mejor no decir nada — y todo pasaría como una marejada donde las personas pretenderían entrar y robar el perro a la señora. Pero el chofer, que tiene algo con esta mujer, un complot de miradas, una sarta de manos indicando acelerar, no dejaría a la casi docena de clientes estrangular al precioso can. La venganza no sería consumada y la mujer seguiría indicando orgullosa su animal hasta no darse cuenta de que, desde dos cuadras atrás, lo que era un perro completo dejaba de serlo (pues el animal tampoco sabía leer y entender la calcomanía que indicaba “ no sacar la cabeza cuando viene un bus atrasado”).

Deberían limpiarse los buses en cada parada, pero esto no sucede, así que las personas entran como si nada hubiese pasado. La persona de la banca de atrás llevaría animales consigo como signos reveladores de su estirpe. No debería tener la cara de Gary Oldman porque no lo conoce ; es más, ni siquiera ha visto alguna de sus películas, ni ha soñado con vampiros ni asesinos, tan sólo ha entrado al cine para buscar algo de comer. Nunca ve las películas, eso no le interesa, simplemente está para robarle a los demás lo que los demás detestan ver en ellos y en los demás. Y sabría hacerlo, porque sus ojos detectan en la oscuridad la piojosidad de su víctima, y esos animales que se escudan en el día y en la sordidez de lo oscuro. Esos pequeños monstruos habitantes de cabelleras son, para este hombre, su vida. Ha logrado controlar su visión y con ella su puntería, está en toda estación, bus, misa de gallo, prostíbulos y salas infantiles, va a cine a pescar, busca la subienda de piojos en cada reunión de hombres, pues se lo podría ver en cárceles, ejércitos donde los caídos dejan espacio para alimentar a los piojos. Es el que los alimenta para que lo alimenten. Lleva piojos en su cabeza para que la gente lo reconozca y tenga ciertos

privilegios, como dos bancas solitarias para él y sus animalitos, y una buena limosna para no demorar su estadía. Podría ser alguien estimado pero no lo es. Tendría el deber de bajarse en *La Calle Mocha* donde viviría a gusto.

Debería haber un puesto para mujeres bellas, de forma circular, para que los hombres las pudieran ver de todos los ángulos, pero no lo hay, para eso están los puestos de atrás. Ella, que posiblemente sabe su espacio, se situaría en la parte trasera. Tendría una figura de actriz — como si fuese el caso nombrarlo —, se quedaría contemplando por instantes el exterior, y un hombre, que la miraría, se pondría un poco nervioso (al principio) y luego se sentiría orgulloso, porque creería que es a quien mira y acostaría su cuerpo en el letrero de paradero para dar una impresión cinematográfica de galancete, pero la mirada de ella va más allá, al prado que se extiende atrás del hombre, donde un caballo blanco ha desenvainado su sexo. Ella recordaría — porque el encierro conduce a los recuerdos — como el hombre de sus sueños le hizo ver esa película donde una mujer tiene relaciones con un jamelgo. Ella le recriminaría, lo abofetearía, con una fuerza tal que él entendería que ese reclamo sonaba verdadero. Lo ha maldecido desde ese momento y no por esa inoportuna estrategia amorosa — como si fuese el caso llamarla así — sino por la obsesión despertada por esos animales, pues es imposible no mirar un caballo y que la imagen de aquella película no vuelva a ella. Debería entonces el bus parar abruptamente, pues habría una hermosa mujer queriendo bajarse en este instante. Se dirigiría a ese prado y el hombre que la mira se alegraría al verla tan cerca ; pero ella pasaría de largo. El debería saber que un galán nunca queda en ridículo, por eso agarraría esta ruta de bus para disimular el desplante. Este hombre tendría una edad extraña, pues después de los treinta, todos son iguales. Sobresaldría en él un tatuaje de araña que llevaría en los hombros. Por instantes disfrutaría del entorno de este vehículo, pero una comezón fuerte en el hombro lo atormentaría. Sería una mosca que se habría posado en el tatuaje. La espantaría. Luego sería otra que estaría caminando en su hombro acompañada de otra, gorda, verde como una lágrima esmeraldina. Y empezaría un escozor en la piel, ya no serían solo dos moscas espantadas, sino seis repartidas en todo su brazo. Su posición cambiaría, se dirigiría al final del bus, evitando estar junto a cualquier ventana, pues creería que de ahí surgen estos animales. Pero ya la multitud de insectos estarán rodeando su cabeza. Habría moscas en el asiento, en la barra donde cuelgan las personas, en el piso, en la ventana ahogada en vaho, en sus manos.

La pared del vehículo cambiaría a un color verdoso y con una sinuosidad de insectos que sería nauseabunda. Habría moscas en el sombrero del personaje de enfrente, en el paraguas de la mujer de al lado, en el decorado del bus — pues hasta la perilla de los cambios tendría estos montículos ruidosos —. Un momento de pánico le asaltaría y tendría que gritar pero no lo haría pues las demás personas no parecerían denotar el cambio en el bus. Le preguntaría al señor del sombrero, suavemente, como quien interrumpe la tranquilidad de lo etéreo. Este le diría que es muy temprano para ponerse a *chupar* y el daría en el clavo, pues las moscas lo persiguen desde aquella ensalada con hierbamora. Saldría despacio, pues no quisiera perturbar a los insectos. No le importaría bajarse en plena avenida *Libertad* donde no hay ningún alma. Descendería despacio, cuando su pie tocara el suelo saldría corriendo y con él todas las moscas, como si el enjambre temiera quedarse sin su dueño. Este es el basurero, le diría una mujer a su hijo mientras le indicaría cómo taparse la nariz, y cuando ha pasado la fetidez, el personaje que debería parecerse a Gary Oldman subiría acompañado de una mujer. Ellos olerían a hediondez de aves, pues dos gallinazos los seguirían muy de cerca, volando a ras.

Eso debería pasar antes de que el bus quedara incrustado en la pared del zoológico.

.....DE ENCUENTRO Y ROSAS

Quisiera entender sus manías de sonreírle a cada sombra que se atraviesa en el camino, a cada hippie vendiendo sus cachivaches, cada hombre vestido de corbata y con una cartera de cuero debajo de su brazo. Quisiera comprender las salivas que se estiran en el rincón atrás del paradero, donde los perros guardan los fémures y los mosquitos danzan sobre las cabezas. Pero nuestro juego, el inventado por ella, es así, encontrarnos como si nada, puntualmente, quince minutos antes en ese lugar, para poder, al menos, sentir por instantes el amor que nació en ese rincón, tan extraño como el sol de la mañana.

Cuando la conocí llevaba su uniforme a cuadros (cumpliendo el requisito de su colegio religioso de no estimular la concupiscencia juvenil), levantado unos centímetros por encima de la rodilla para mostrar su inconformismo con la uniformidad y en un acto de vanidad y exhibición (unas bonitas piernas amarillentas se ocultaban detrás de esas telas), y como era agosto, cuando las cometas conquistan el cielo y los vientos alzan las tejas de las casas, su faldita dejó al descubierto las prominencias femeninas detrás de todo ombligo, el cuarto corpóreo más hermoso que me atrajo completamente hacia ella. No había nadie, excepto ella y yo que hasta ese momento había sido un ser tácito e invisible, camuflado en las columnas oxidadas del paradero. Sus libros en el suelo sirvieron de excusa para acercarme ; le dije : “Algebra de Baldor, yo también estudié con este libro”, tratando de cualquier modo de sacarle información (para esa cuestión formal de la presentación). Ella apenas insinuó un Sí con su cabeza. La ruta 8 llegó, presurosa subió al bus y tiró un pequeño papelito ; el cual recogí con una naturalidad tal que pensé por momentos que a la pobre chica se le había caído un examen, una nota, la dirección de su novio, las recetas

de belleza o simplemente la letra de una canción en inglés (se veía de caché la niña). Mi ruta llegó, me alejé pensando en esa visión, la Epifanía de esas nalgas levemente resplandecientes, como un destello de flash, un átomo que busca al otro en una fusión, una explosión, un orgasmo visionario ; bueno, en fin, nalgas tan hermosas como sacadas de catálogo de bikinis. Nuestra historia fue así :

- a. Lectura del papel (unas cifras indelebles, casi borradas — un palo — un corazón — la palabra you. No sé muy bien inglés).
- b. Encuentro espontáneo en el paradero. Aún agosto, sus nalgas conservaban el suave dorado de su piel.
- c. Libros nuevos, poesía en cambio de mamotretos matemáticos, una flor en medio de un poemario. “Consérvala”, fueron sus primeras palabras.
- d. Despedida. Ahora, caras que se ven alejarse, una sonrisa, sí, al fin, sus dientes forrados de hierros, son preciosos. Me señalaba con sus manos la forma de un auricular, “Ilámame”, leía sus labios. Música de fondo, trance, dance, contrandanza, era mi corazón altamente rítmico.
- e. Nunca reveló su nombre, solo su teléfono, apuntado presurosamente en el vaho de la ventanilla del bus.

Llamarla, contarle mis secretos, confesarle mi edad, mi condición laboral, ese legado funesto del hombre : estar atado a una educación servil. Ella, solo sonrisas, lindos quejidos agitados, se siente inquieta ante cada insinuación morbosa de mi parte. Su nombre, jamás quise preguntarle, a ella tampoco le importa su nombre (Ilámame como quieras, dice con insistencia). Quiero entender su postura indiferente, su posición de señorita de bien, el total descaro de su coquetería con jóvenes y su insulto a mi adultez, que no es más que una cuestión de edad, de años de diferencia, si acaso de música ligera y ella de trances emborrachadores en discotecas de moda. Siempre está ahí, quince minutos antes de la llegada de su bus. Yo, vestido de vendedor de seguros y recién divorciado gracias a los celos de mi mujer, porque ella ha sospechado mi traición (con una fulana de tal que no sé cual es su nombre pero que es más joven que mí). “Tráeme lo del entredía”, es su única condición, unos mil quinientos pesos diarios, al menos por ahora ese es el trato, el pago por el bien recibido, la nota al pie de página del papelito arrugado que en agosto recogí y que engendró en mí esta adición tan fuerte hacia la chiquilla de uniforme recién planchado y pelito mojado. Entiéndase lo barato de su precio como agradecimiento por la fuente de trabajo que le había dado posibilidades para hacerse su cirugía en la

nariz y tener telefonía celular. Jamás se olvidará de mí, así me lo recuerda aunque no tenga ni una foto, ni una carta, ni siquiera sepa mi nombre. Ella me tiene presente como el primer amor de su larga lista de espera.



.....CUANDO DOS SE HACEN OCHO

Después de unas cuantas paradas y niños vendiendo confites, la contemplo detenidamente. Ella mira las figuras retorcidas de la ciudad a través de los ventanales del bus y no pone cuidado a la cara de estúpido enamorado que tengo. Mi mano derecha soba su barriga hinchada, en un acto de dulzura y aceptación de la primogénita, fruto a lo mejor de nuestro amor. Mis caricias producen risas, guiños devueltos, besos en el cuello y, a veces, interrupciones de la rutina. — Mi amor, mi dulce Amalia — digo, y muevo en círculos mi mano en el vientre abultado.

— ¿Qué dijiste ? — interrumpe abruptamente la caricia, cambiando su tono de voz. — ¿Acaso piensas ponerle ese nombre de perfume barato ?, ¡primero muerta que tener una hija con nombre de cabaretera ! —. Pasamos junto a la iglesia de La Merced, nos santiguamos para seguir discutiendo sobre el asunto nominal de la chiquilla que venía.

— Es que me pareció un nombre bacano.

— ¡Bacano! Vaca ano, jodéte.

— Entonces, decí nombres, a ver, menos Miriam, no quiero que tenga el mismo de tu madre, tu abuela y tu bisabuela, para qué continuar con esa estúpida tradición de Tu Familia. Además, con tres Miriamcitas suficiente.

— Entonces, Martha.

— Nombre de fideos y sabes cuánto los detesto.

- Guadalupe.
- Lupe, si no recuerdas, era la bruja que nos leía las cartas.
- Cierto. A ver, María.
- Así se llama un 45 por ciento de las mantecas del barrio y el 60 por ciento de modelos de vestidos de baño por catálogos.
- Ah, con estadísticas y todo. A ver, ¿qué tal, Cecilia?
- Nombre de actriz anciana.
- Patricia.
- Nombre de enfermera generosa con médicos y pacientes. Y, recalco, muy generosa.
- Tendrías algún enredo con la Pati.
- Reserva de sumario, no es el momento para discutirlo.
- A ver... Carla.
- Para que viva todo el tiempo en cervecerías y se entienda con borrachos huelemierda que piden siempre que les fien.
- ¿O sea?
- O sea, no, ese nombre no.
- Mercedes.
- A no ser que tenga algún esposo adinerado y con buen carro, me suena a gasolinera barata. ¿Te la imaginas trepada en un Renault 6 ?
- Como tus hermanas.
- Con mis hermanas no te metás.

— ¿Y una de ellas no se llama así?

— ¿Y qué?

— ¿Qué de qué ?

— De qué.. so...

— ¡Ja!, ridí culo.

— (...)

— ¿Qué tal Wendy, Cindy o Charlotte ?

— Muy bonitos, pero ten en cuenta la combinación. ¿Acaso te suena Wendy Achicanoy. Cindy Achicanoy o Charlotte Achicanoy?, eso parece mezclar vino francés con crispetas, o whisky con natilla.

— No, pues, el exigente.

— Sonoridad, por favor, sonoridad. ¿No te enseñaron eso en la facultad de filosofía ?

— A ver escogé entre Judith, Sara y Salomé.

— Claro, la insistencia tuya de meter la Biblia en todo.

— Con mi religión no te metás, ¡ateo de mierda !

— Bueno, sí, ateo, anarco, anormal, a de lo que quieras pero no le pondrás esos nombres de beatas.

— Sobre todo Ruth, la moza que tenías en el Obrero.

— Bueno, cuenticas viejas sí no.

— Entonces, Ariadna.

— ¿Adriana?

— No, pendejo, Ariadna.

— Ah, ya, tu postgrado, la manía de nombrarme cuentos raros. ¿Ahora qué, la diosa del ahorcado o del trompo?

— Con tontos como vos para qué conversar.

— Afortunadamente no nos casamos.

— Sí, afortunadamente.

— Qué error hubiera cometido al divorciarme de mi mujer para estar con vos, si ni siquiera estás en embarazo. Apenas quieres crecer y ya quieres alejarte de los brazos de tu madre. No tienes edad para pensar en cosas como éstas y jodes con los nombres. Cuando crezcas y cojas la ruta 8 hablamos. Cuando dejes tu ropita rosada con encaje y tu chupón amarillento, conversamos. Cuando definitivamente tu madre te tenga en brazos, hablaremos. Cuando tu madre se siente a mi lado y tenga esa desfachatez de no mirarme a los ojos y solo contemplar el paisaje de la ciudad, diremos algo. Por lo pronto, ¡Paradero aquí me bajo!, y chao, pescado, donde estés y donde no estés.

.....EL BALCÓN

Cuento los dedos mientras la recurrente calle sigue ahí, intacta. Mis manos forman círculos que se extienden sobre el vidrio — que ansias éstas de mirar la calle —. Todo sorprende, mientras no te parezca familiar y repetitivo, como la mujer que se rasca la cabeza mientras zangolotea a su hijo, o el *Stand up comedy* de un borracho bailando una canción imaginaria. Todo es normal, evidentemente perteneciente a ese mundo fuera del bus, ilegítimamente fuera de mi alcance. No sé, me ha dado por jugar con los dedos a tapar el sol con ellos, a volverlos arañas mientras suben por la interminable red que circunda los postes eléctricos, todo mientras el señor chofer ha estacionado este cacharro en esta calle llena de formas. Mis dedos pueden abrir ventanas, y lo hacen, con esa telepatía del ludópata que busca entreabrirse para hurgar en el interior de las casas. Hay una mujer en un balcón, mirando pasar las escenas de la calle como parece también lo estoy haciendo. La veo jugar con sus dedos, mientras altera el orden de su vestido.

He pensado en lo familiar que resulta la mujer encerrada en ese balcón como en una cárcel de maderos y sueños. Recuerdo la insistencia en verter mis miedos en los demás. He pensado en el encuentro de una mirada. Susana siempre estaba vigilando la calle desde la terraza. Tenía esa manía de burlar las discusiones escapando de la realidad a través de fisgonear en la calle y mirar pasar todos los buses que ella comparaba con los carritos de una feria. Me indicaba con sus dedos cada persona que viajaba con un detallado análisis de sus posturas. Definitivamente, creía todo lo que ella me decía.

— Míralos, parecen tan familiares que podría algún día invitarlos a cenar — afirmaba con la certeza de quien recurre a cada frase para no decir nada.

Eso era extraordinario, no la voz, no su conocimiento, era su cuerpo a trasluz, con todos los seres posibles afuera como espías de nuestro romance, y nosotros fuera de nos como si nada nos estuviera viendo.

De todos modos, era experta en el arte de simular, primero era sacar a secar una toalla, a veces colgar la alfombra y azotarla entre las manos, a veces era el gato que disimulaba tener y lo llamaba con una comida convincente, mientras yo entraba a escena con algo que ella había olvidado. Habíamos sorteado la idea de amarnos a la intemperie declarando nuestro amor a todos, sin que los otros pudiesen saberlo.

Pero eran los buses, sabíamos con certeza que desde su interior las cosas parecen adquirir claridad, y esa fue siempre nuestra duda, sobre si, cuando hacíamos el amor, alguien familiar pudiese estar vigilandonos. Pero, tal vez, esta necesidad de encontrarnos nos impulsó a desafiar lo que considerábamos la prueba fehaciente de esta sociedad autómata : los buses en horas pico.

No fue sino hasta ese martes por la mañana cuando alguien se atrevió a golpear nuestra puerta. Salimos juntos, esa vez, a contestar por el balcón. No pudimos ver quién era. De todos modos, y pese a esa sensación extraña de que alguien te está mirando desde arriba o desde abajo, pudimos contemplar el suelo, mientras hurgaba debajo de sus vestidos y mi mano iniciaba una exploración bestial inimaginada desde este lugar tan abierto a todos los ojos del mundo. Qué mejor pretexto que alguien que llama y no contesta y que tu mujer simule gritar mientras lo que hace es seguir a mi reacción en cadena.

No fue sino hasta el viernes cuando pudimos ver que alguien nos miraba. Definitivamente desde un autobús las escenas se amplían como si los vidrios pudiesen tener la posibilidad de un zoom sobre las personas. La cara en aquel bus nos fue familiar, su sonrisa deleitada nos dejó atónitos, mientras se despedía con un movimiento leve de su sombrero. Después de tres meses era el único que se había fijado en nuestra estrategia amorosa.

Luego Susana, en sus labores cotidianas, parecía más callada y con una sensación de haber hecho algo.

— Te lo dije — me dijo.

Y guardó el resto de sus palabras en un silencio.

— Eso era de esperarse, ¿o no? — le contesté, como si hubiese sido oportuno contestarle algo.

Quedamos mirándonos como quien define en el rostro del otro la respuesta a sus dudas. Mis dedos jugaron a formar remolinos en su cabello y a ella, de repente, se le habían terminado las ganas de jugar.

— ¿A vos no se parecía familiar? — me repetía siempre a cada hora, a cada instante cuando tenía la oportunidad de hablar conmigo. Y mi respuesta era la misma, pues no podía contestar a algo cuya sola contestación daba miedo.

— Creo que era el casero anterior — le dije. Y ella se sentó angustiada tomando presurosamente el café.

— El no usaba sombrero, ¿o sí? — dijo.

— Creo que no — le dije, sin asegurarle si lo que le decía era cierto.

— Espero que no sea tu padre — me dijo, y una sombra de dudas quedó en nosotros.

— El no está en la ciudad — contesté, como por seguir el hilo de su angustia.

Fue sólo hasta el otro viernes cuando nos arriesgamos a salir al balcón a las mismas horas, para poder confirmar quién era el que nos había descubierto, dábamos por cierto que si él tenía un horario laboral debería subir a su casa a la misma hora para almorzar. Esta vez no quisimos tentar a nuestros cuerpos y me ubiqué delante de Susana. Buscamos esa cara familiarmente común entre todos los rostros de los buses que se estacionaban frente a nuestra casa. — En el azul — no, olvídale, — mirá, en ese otro, — no, olvídale. No hallamos nada hasta que nuestras caras se miraron frente a frente y no hubo otra forma de

disipar nuestro desencanto que besarnos y ofrecer este romance sin importar que nuestros cuerpos semidesnudos estuviesen en la lluvia silenciosa de esa mañana y que los rostros de los buses fuesen espectadores más de nuestro idilio.

Después de todo, creo que fue el fin de nuestro amor. Cada uno al otro día tuvo que partir, Susana a seguir su rumbo en busca de nuevos retos y yo a quedarme en esta ciudad, a vivir de un pasado que me sigue persiguiendo. Sigo viajando en bus, jugando a buscar los recuerdos, a tener presente el juego de mis dedos y a descubrir que, después de años, sigo contemplando ese balcón desde esta ventanilla humedecida. La mujer que se encuentra en el balcón me es familiar y sé que ella siente lo mismo, la saludo con la mano y ella me indica su puerta como invitándome a seguir. Sin palabras, solamente levanto mi sombrero mientras el señor chofer se ha animado a seguir su recorrido y la calle sigue repitiendo las mismas formas.

.....HISTORIA POSIBLE

Justo su sombrero negro no permitía que el sol diese en ese punto de convergencia con el suelo del bus. Pero su sombra, perfecta armonía de silencios, era intensamente humana, más que su dueño. Este día parecía entender que existen momentos para que un hombre sostenga su mano sobre sus piernas y piense en el delicado zumbido de su corazón, pues eran lágrimas las que se detenían en sus ojos, colgando de sus mejillas sin desistir a la caída por su rostro. Era un momento de mutismo. La ventana dejaba ver el desolado lugar donde había dormido la noche anterior. Viernes infame que permitía al hombre ensombrecerse con la nostalgia o ese candoroso viento que le subía por las piernas. La hilera de bancas permitía el paralelo hacia su cuerpo en la mitad justa del bus. Y su sombra estaba en el piso, recordando que su presencia también pertenecía a este mundo. No sé, creo que era este instante cuando solo viajábamos dos en esta ruta, que permitía que mi sombra también se proyectara tan fuerte en el piso como la de aquel personaje que seguía ensimismado, con la tristeza a bordo.

Mi vientre gruñía mientras la luminosidad se perdía gracias a las casas que se ubican fortuitamente a ambos costados de la calle. Me sentía extraño ya que el personaje había intentado escribir en un pequeño libracó y no había podido debido al movimiento brusco del viaje.

— Es que aquí jamás han podido hacer una buena calle — le dije, mientras él asentía suavemente con su cabeza.

El freno del bus fue tan fuerte que mi cuerpo se estrelló con la banca de enfrente. Y me encontré solo, con un paisaje desértico, de fierros ennegrecidos y con el óxido carcomiendo los asientos, mientras un gato sobaba su cuerpo en mis piernas.

— Ah, maldito vago, es la última vez que te quiero ver aquí — gritó alguien que parecía conocerme y dejaba su baba viscosa en el suelo. Me levanté, con la certeza de pertenecer a una pesadilla inesperada.

— Señor, esperaré aquí para que el sueño no me levante tan fuerte cuando llegue al paradero — le dije, permitiéndome ciertos ademanes de parodia cómica.

Pero el disparo de su revólver sonó tan real, que decidí correr antes de jugar con mi sino.

Solamente fue hasta verme parado ahí frente a los vidrios gigantes de una 4x4 cuando comprobé que mi sombrero se había estropeado y lo desempolvé, mientras gritaba a todos : — Soy Rimbaud, el viajero — y seguí por la línea de la calle mientras los autos me pasaban rozando, como balas.

.....**BIBLIOGRAFÍA**

AKRON y GIGER, H.R. *Tarot*. Köln, Alemania : Taschen, 2000.

ARTAUD, Antonin. "El teatro de la crueldad. Primer manifiesto (1932)". En : [Http://cartelerteatros.com.ar/artaud/artaud.html](http://cartelerteatros.com.ar/artaud/artaud.html).

_____. *Heliogábalo o el anarquista coronado*. Trad. Carlos Manzano. Madrid : Fundamentos, 1972.

_____. "Poeta negro" y "Allí donde tiemblan". *El Ombligo de los limbos* (1925). En : [Http://cartelerteatros.com.ar/artaud/artaud.html](http://cartelerteatros.com.ar/artaud/artaud.html).

_____. En : DERRIDA, Jacques. *Forcenar al subjetil*. Traducción : Alejandro Castellanos y Bruno Mazzoldi (Inédito).

BEARDSLEY, Aubrey. "Lysistrata defending the Acropolis", 1987. En : NERET, Gilles. *Erotica Universalis*. Köln, Alemania : Taschen, 1994.

BENAVIDES, Jhon. *Al Sur del Sur, Antología de cuentistas surorientales*. Pasto, 2001(Inédito).

BOREL. "Dibujos para *Thèrese Philosophe* Atribuido a Diderot", 1785. En : NERET, Gilles. *Erotica Universalis*. Köln, Alemania : Taschen, 1994.

CAICEDO, Andrés. *¡Qué viva la música !*. Bogotá : Norma, 2001.

CALVESI, Mauricio. *Duchamp*. Barcelona : Editorial Planeta - De Agostini, 1999.

CORTAZAR, Julio. *Ceremonias*. Barcelona : Seix Barral, 1993.

_____. "Cuello de gatito negro", En: CORTAZAR, Julio. *Octaedro*. Buenos Aires : Sudamericana, 1974.

_____. *La Isla a mediodía y otros relatos*. Estella, España : Salvat, 1971.

DERRIDA, Jacques. *Forcenar al subjetiil*. Traducción : Alejandro Castellanos y Bruno Mazzoldi (Inédito).

_____. "Las Artes del Espacio". Entrevista de Peter Brunette y David Wills, 28 de abril de 1990. *Deconstruction and Visual Arts*, Cambridge University Press , 1994.

_____. *¡ Palabra !*. Madrid : Editorial Trotta, 2001.

DELGADO, Manuel. *El animal público*. Barcelona: Anagrama, 1999.

DONOSO, José. *La desesperanza*. Barcelona : Seix Barral, 1987.

ECO, Umberto. *El nombre de la Rosa*. Barcelona : RBA Editores, 1994.

GARCIA, Santiago. *La estación del Rebusque*. . Candelaria - reformas TEUNAR (Inédito).

IONESCO, Eugène. *La cantante calva*. Trad. Luis Echávarri. Madrid : Losada., 1982.

KIRCHNER, Paul. *The Bus*. New York : Ballantine, 1987.

MAZZOLDI, Bruno. "Aldaba para claustrofobia de Hernando Guerrero. El Bus", *En* :Nómade. No 5. Pasto, 1986.

_____. *Negro de Yurupary- Púrpura de Prince. Apuntes para una cromometría de la violencia melancólica* (Inédito)

MIRANDA MONTENEGRO, Cecilia. " Eche pa'llà eche a'cá" . Pasto : *Diario del Sur*, 16 de Febrero, 2003.

MORRIS, Desmond. *El mono al desnudo*. Barcelona : Industria Gráfica Provenza, 1968.

NABOKOV, Wladimir. *Lolita*. Bogotá: Oveja Negra, 1983.

NIETZSCHE, Friedrich. *Así Habló Zarathustra*. 3 Edición. Barcelona: Bruguera, 1974.

_____. *Humano, Demasiado Humano*. Medellín: Cometa de Papel, 1996.

_____. *Más allá del bien y del mal*. 6 Edición. Madrid: Alianza editorial, 1978.

PÉRGOLIS, Juan Carlos, ORDUZ, Luis Fernando y MORENO, Danilo. "La ventanilla del bus" . En : *Reflejos, fantasmas, desarraigados, Bogotá recorrida*. Bogotá : Arango Editores, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 1999.

PRADO, Juan Manuel (dir). *Miguel Angel . Entender la pintura*. Barcelona : Ediciones Orbis, 1989.

QUEVEDO, Francisco de. " Estaba una fregona por enero..." En : *Erotika. Poemas*. Antol. Mauricio Contreras y Julio Orozco. Bogotá: Intermedio Editores, 1999.

RIMBAUD, Arthur. "Soneto del agujero del culo". En : *Erotika. Poemas*. Antol. Mauricio Contreras y Julio Orozco. Bogotá : Intermedi

USCATEGUI, Oscar. *33 grabados alquímicos develados*. México : Editorial Diana, 1983.

.....**AUDIOGRAFÍA**

CERATI, Gustavo. Ella usó mi cabeza como un revólver. Soda Stereo - Sueño Stereo. BMG, 1995.

GILMOUR y WRIGHT. What do you want from me. Pink Floyd - The Division Bell. Sony Music, 1994.

PARRA, Violeta. Gracias a la vida. Violeta Parra - Las composiciones de Violeta Parra. RCA Victor, 1966.

SEGUNDO, Compay. Ahora me da pena. Henry Fiol - Fe, Esperanza y Caridad. Sello Sar, 1979.

WATERS, Roger. Running Shoes. Roger Waters - The Pros and Cons of Hitch Hiking, 1984.

.....**VIDEOGRAFÍA**

BARBERA, Joseph y HANNA, William. *Los Picapiedra*. Hanna- Barbera, 1989

COCTEAU, Jean. *Edipo Rey*. Concepto artístico. Acompañado de la Opera de Tokio. (video presentado por PABON, Consuelo. Seminario "De la tragedia al teatro de la Crueldad". Pasto : Maestría de Etnoliteratura 2003)

COLUMBUS, Chris. *El hombre Bicentenario (Bicentennial man)*, 1999.

SCHUMACHER, Joel. *Línea Mortal (Flatliners)*. Columbia Pictures y Stonebridge Entertainment Production, 1990.

SILBERLING, Brad. Casper. Steven Spielberg Production.